

Un mundo de cristal

Versión libre de Alberto Sarraín y Pepe Cabrera de
la obra de Tennessee WILLIAMS, *Glass Menagerie*.

Ensayos 6 de julio hasta el 21 de agosto

Ensayos generales 22 – 28 de agosto.

Estreno: Sábado 29 de agosto. Funciones sábados a las 8:30 y domingos a las 6:00

Días de funciones

Agosto: 29 y 30.

Septiembre: 5 y 6; 12 y 13; 19 y 20; 26 y 27.

PERSONAJES

AMANDA IMBERT, la madre.

TOMÁS PADILLA, el hijo.

LAURA PADILLA, la hija.

JAIME CONSUEGRA, el pretendiente.

Escenario: Un apartamento de un cuarto en una callejuela de La Pequeña Habana.

Época: Año 2000 y 1985 en el recuerdo.

El zoológico de cristal fue estrenado por Eddie Dowling y Louis J. Singer en el Playhouse Theatre de Nueva York, el 31 de marzo de 1945. Hay una puesta anterior en Chicago en 1944, aunque el libreto se refiere siempre a la puesta de Broadway.

NOTAS SOBRE LOS PERSONAJES

Amanda Imbert (la madre): Una mujer de gran vitalidad, que se aferra tercamente a otro tiempo y lugar. Su caracterización debe crearse huyéndole al estereotipo. Aunque no está paranoica, su vida es una paranoia. En Amanda hay mucho de admirable. Tiene tantas cosas dignas de amor y piedad como de risa. Posee una gran capacidad para sufrir: una especie de heroísmo matriarcal. Sin embargo, su superficialidad la hace parecer cruel. Eso sí, en su fragilidad hay ternura.

Laura Padilla (su hija): Si después de haber fracasado en su intento de ponerse en contacto con la realidad, Amanda vive de ilusiones, la situación de su hija Laura es aún más grave. Una enfermedad de la infancia la ha dejado lisiada: tiene una pierna más corta que la otra y, de joven, se vio obligada a usar un aparato ortopédico. Basta con sugerir este defecto en escena. El retraimiento de Laura, nacido de esta circunstancia, se ha ido acrecentado hasta convertirla en una pieza más de su colección de figuritas de cristal. Por eso es tan difícil sacar a Laura de su vitrina.

Tomás Padilla (su hijo): El narrador de la pieza. Un poeta que trabaja en una factoría de zapatos. Aunque por naturaleza carece de crueldad, debe obrar sin compasión para escapar de una trampa.

Jaime Consuegra (el pretendiente): Un muchacho buen tipo.

PRIMER ACTO: En busca de un pretendiente.

ESCENA PRIMERA

(El apartamento de Amanda y sus hijos está en el fondo de un edificio que da a un callejón de la Pequeña Habana. Hay una modesta escalera con un gran rellano y después los escalones que bajan de él. El escenario es el recuerdo; por lo tanto, no es realista. La memoria se da el lujo de permitirse muchas licencias poéticas: omite algunos detalles mientras exagera otros, según el valor sentimental de los objetos con los que va tropezando. La memoria reside en el corazón. Y como el corazón, su interior es oscuro y poético.

Apenas se apagan las luces de la sala, llega por la derecha la música de un bar de mala muerte. Vieja música popular que continúa hasta que Tom aparece en el rellano de la escalera, enciende un cigarro y empieza a hablar. El edificio, está flanqueado por dos callejuelas sombrías y angostas que se internan en lóbregos desfiladeros de marañas de ropa colgada, latas con desperdicios y el siniestro enrejado de las escaleras vecinas. Las callejuelas permanecen en tinieblas y los objetos que acaban de mencionarse a penas se vislumbran. Al acabar el comentario inicial de Tom, la luz va dejando ver el interior del apartamento. En primer término está la sala. Hay un sofá donde Tom duerme. Más allá, aparece un taburete o mesa con un teléfono encima. Al foro, en el centro, está el comedor. En una rinconera de la sala, hay una colección de figuritas de cristal transparente que forman un zoológico. Frente al público, a la izquierda cuelga una fotografía desteñida del padre de Laura y Tom. Es el rostro de un joven muy guapo con una sonrisita irresistible, como si dijera: «Siempre sonreiré.» El narrador es un convencionalismo de la pieza y se toma todas las libertades que convienen a sus propósitos dramáticos. Tom se detiene y enciende un cigarro. Se dirige al público.

TOM: Tengo trucos en el bolsillo —y llevo cartas debajo de la manga—pero soy todo lo contrario del prestidigitador común, que realiza actos de magia para su público. El mago crea una ilusión que parece verdad. Yo les voy a contar la verdad con la apariencia de una ilusión. Entremos en este callejón de uno de los tantos barrios hispanos de Miami. La época en que transcurre la acción es aquel lejano período en que una masa de inmigrantes cubanos se matriculaba en una escuela para ciegos. Sus ojos les fallaban, o ellos les fallaban a sus ojos, por eso apretaban fuertemente los dedos contra el alfabeto Braille de una economía en desintegración. España, estaba en plena transición, pero aquí, sólo había gritos y confusión y conflictos con los recién llegados, a veces violentos, en barrios que por lo general eran pacíficos, como Westchester... Coral Gables... Little Havana... Esa es la atmósfera social en que se desarrolla la acción de esta pieza., que es solo un puñado de recuerdos mal armado. *(Se oye música)* ¿Cómo se hace el teatro de la memoria? Hay poca luz, es sentimental, no es realista. En el recuerdo, todo lleva música. Eso explica el violín que se oye, entre bastidores. Yo soy el narrador de esta obra y también uno de los personajes. Los otros son mi madre Amanda, mi hermana Laura y un pretendiente que aparece en las escenas finales. Él es el personaje más realista de la pieza, porque sirve de emisario de un mundo del que de alguna manera, nosotros (quiero decir mi familia) estamos separados. Pero como yo soy poeta, tengo debilidad por los símbolos, por eso uso a este personaje como el añorado y siempre esperado “algo” por el que existimos. Y hay un quinto personaje que sólo aparece en una fotografía, colgado de la pared. Cuando vean la imagen de ese sonriente caballero, recuerden que es nuestro padre, que nos abandonó mucho tiempo antes de que sucediera esta historia. Un telefonista que se enamoró de la larga distancia, que un día salió para su empleo en la compañía telefónica y nunca llegó. Se montó en una balsa y salió huyendo de Cuba sin decirnos nada... La última noticia que tuvimos de él fue una postal del Puente de Brooklyn, con un mensaje de dos palabras: “¡Hola, adiós!”. Y sin dirección. Tan pronto se presentó la primera ocasión, mi madre nos montó en un barco y nos lanzamos a buscarlo, pero nunca ha aparecido. Creo que el resto de la obra se explica por sí misma. *(Se encienden las luces en el comedor. Tom sale, se quita la camisa y la gorra de pelotero, se queda en camiseta, esperando el momento de entrar a escena. Se oye la voz de Amanda. Madre e hija están sentadas junto a la mesa. Amanda ocupa la silla del centro y Laura la de la izquierda. El acto de comer se indica con gestos, sin comida ni cubiertos. Amanda está de frente al público. El interior del comedor, se ilumina tenuemente).*

AMANDA: ¿Sabes una cosa, Laura? El domingo pasado, me pasó algo muy gracioso en la iglesia. La misa de once estaba de bote en bote y sólo había un espacio vacío en uno de los primeros bancos y allí estaba sentada una mujer muy maquillada y con el pelo muy batido. Le sonreí amablemente y le dije: Perdóneme... ¿Me puedo sentar aquí? Me echó una mirada de arriba abajo y me dijo: “Este espacio está alquilado”. ¡Es la primera vez que oigo decir que Jesucristo alquila asientos! ¡Estas ricachonas cubanas, no soportan a los recién llegados! Yo comprendo a los americanos, al fin y al cabo vinimos a ocupar su espacio... pero a los cubanos, no. *(Tom entra en el comedor, se desliza hacia la mesa y se sienta)*. Mi cielo, no empujes la comida con los dedos. Usa un pedacito de pan. Tienes que masticar muy bien lo que comes. Los animales tienen en el estómago secreciones que les permiten digerir su comida sin masticarla, pero los seres humanos, antes de tragarla, deben masticarla y masticarla. ¡Ay, niño, pero no comas con tanto apuro! Come despacio. Una comida bien preparada tiene muchos sabores delicados que conviene retener en la boca para apreciarlos. Uno no deber limitarse a engullirlos. ¡Ay muchacho, mastica, mastica, mastica! ¿Por qué no quieres dejar que las glándulas salivales te funcionen?

TOM: Vieja, no he podido disfrutar ni un puñetero bocado de comida por culpa de tus constantes instrucciones para ingerirla. Con tu vigilancia de comité de defensa sobre cada bocado de comida que me llevo a la boca, tú eres quien me hace apurarme. La comida llega a darme asco, ¡qué mierda sentarse a comer en esta casa! Tener que meterse toda esa disertación sobre las secreciones de los animales... las glándulas salivales... ¡la masticación! *(Se levanta de la mesa y enciende un cigarro)*.

AMANDA: ¡Niño, pero a ti no se te puede dirigir la palabra! ¡Eres una fiera! ¿Por qué tienes que levantarte así de la mesa? Espérate. Chico, péinate. Te ves tan bonito con tu cabecita peinada. Hay una sola cosa en la que deberías imitar a tu padre: En lo mucho que se ocupaba de su apariencia personal. Tengo que ser justa. Jamás lo vi desaliñado. Y mucho menos despeinado. No me gusta la pelambre que te has dejado. Esa moña no se te asienta. Fíjate bien en el retrato de tu padre, y péinate como él.

TOM: Me voy a fumar un cigarro.

AMANDA: Estas fumando demasiado.

LAURA: *(Levantándose)* Voy poner el café.

AMANDA: No, no, no. Tú, siéntate, que la criada de esta casa soy yo.

LAURA: Ya me levanté.

AMANDA: Pues vuelve a sentarte. Vuelve a sentarte. No quiero que te metas en cosas de la casa. Tú tienes que conservarte fresca y linda para los pretendientes.

LAURA: ¿Qué pretendientes, mamá?

AMANDA: *(Que ha estado recogiendo los platos de la mesa y poniéndolos sobre la bandeja):* Lo gracioso es que se presentan cuando uno menos los espera. Recuerdo un domingo por la tarde, en Santos Suárez, cuando yo era una jovencita... *(Sale)*.

TOM: ¡Ya me sé ese cuento!

LAURA: Sí, pero deja que lo haga otra vez.

TOM: ¿Otra vez?

LAURA: Le gusta contarlo.

AMANDA: *(Entrando con la bandeja y el café)* Recuerdo que un domingo por la tarde, en Santos Suárez, cuando yo era una pepillita, que me visitaron... ¡diecisiete pretendientes! *(Habla mientras reparte y toma el café)*. Y te lo juro por mi madre, no había suficientes sillas para todos ellos y no nos quedó más remedio que mandar a Lazarito, el negrito, a la parroquia para que le pidiera al cura unas sillas de tijera.

TOM: ¿Y cómo te las arreglaste para entretener a todos esos pretendientes?

AMANDA: Bueno, muy fácil, tan sencillo como: ¡Yo sabía –sé- conversar! El arte de la conversación es un don que Dios me dio y que yo supe cultivar. Todas las muchachitas de mi tiempo lo cultivaban. Así como te cuento...

TOM: ¿De verdad?

AMANDA: Claro, las muchachas educadas sabían cautivar a los pretendientes que las visitaban. Eso se aprendía, porque no bastaba que una muchacha tuviera una cara linda y una figura graciosa... aunque tu madre –modestia aparte- no estaba nada mal ni de lo uno ni de lo otro. Una también debía tener una mente ágil y mucha labia... una lengua capaz de hacerle frente a cualquier emergencia que se presentara.

TOM: ¿Y de qué se hablaba entonces?

AMANDA: ¡De los acontecimientos importantes que pasaban en el mundo! Mis pretendientes eran caballeros... ¡todos de ringo-rango! ¡Perteneían a las familias más prestigiosas de Santos Suárez! Médicos, abogados, hijos de potentados... Estaba Ernesto Pedroso, hijo. *(Se oye música)* Ernestico llegó a ser más tarde vicepresidente del Banco de su padre. Y Pedrito Grau, que se ahogó en el río Mayabeque en un campamento de los Boys Scouts. Dios mío... por cierto, que dejó a su esposa bien asegurada... con ciento cincuenta mil dólares... en una cuenta en Filadelfia. Y los hermanos Montes de Oca... Raúl y Orlando. ¡Raúl era monísimo! Siempre fue uno de mis galanes favoritos. Pero tuvo una pelea con Mendive, aquel salvaje, y se entraron a tiros en el casino del Hotel Capri. A Raúl le dieron un balazo en el abdomen. Murió en la ambulancia cuando lo llevaban a la clínica Antonetti. Él también dejó bien asegurada a su viuda... con una finca con muchas caballerías de tierra en la zona de Güines. A la mujer no la quería para nada, la aborrecía. Ella lo enganchó de casualidad, de rebote. La noche en que murió, le encontraron en un bolsillo del traje que llevaba puesto mi fotografía. ¡Ay! ¡Y aquel tipazo presidente de la Sociedad de Jóvenes de Los Curros Enríquez, que nos hacía perder la cabeza a todas las muchachitas en los tés bailables! ¡Aquel machazo *(se extingue la música)* de la zona de Lawton!

TOM: ¿Qué le dejó a su viuda, ése?

AMANDA: ¡No se casó! ¿Qué te pasa? ¿Te crees que todos mis admiradores de antaño están muertos?

TOM: ¿Yo? La que lo dice eres tú. De todos los que has mencionado este es el primer sobreviviente.

AMANDA: Pues, qué te cuento, este ganó muchísimo dinero. Se fue al Norte, a Wall Street y amasó una enorme fortuna –un Potosí. Dicen que era una especie de Rey Midas... ¡todo lo que tocaba se convertía en oro! *(Se levanta)* Y yo hubiera podido ser la señora de José Luis Hernández-Madrado... ¡fíjate bien! Pero... ¿qué hice? ¡Me descarrié y me casé con tu padre! *(Mira la fotografía que está colgada en la pared)*.

LAURA: Mamá, déjame recoger la mesa.

AMANDA: *(Recoge las tacitas de Laura y Tom)* No, mi amor. Nada de labores domésticas. Ve a practicar la mecanografía. O la taquigrafía. ¡Sigue fresca y linda! ¡Ya va siendo hora de que empiecen a desfilar por aquí tus pretendientes! ¿A cuántos crees que recibiremos esta tarde? *(Amanda sale)*.

LAURA: *(A Amanda, que está fuera de escena)* No creo que venga ninguno, mamá.

AMANDA: *(Desde afuera)* ¿Ninguno? ¿Ni uno solo? ¡No bromees! ¿Ni un pretendiente de visita? ¿Por qué? ¿Viene un ciclón?

LAURA: *(Yendo hacia la máquina de escribir)* Ni ciclón ni aguacero, mamá. Lo que pasa, simplemente, es que no soy tan sociable como lo eras tú en Santos Suárez. *(Para ella misma)*. Convéncete, yo me quedo para vestir santos. Ya soy una solterona. *(Se oye música. Apagón)*.

ESCENA SEGUNDA

Se ilumina la sala, se ve a Laura junto al zoológico, sacándoles brillo a las figuritas de cristal. Va hacia el tocadiscos, pone un disco viejo. Entra Amanda. Se oye el sonido la llave de la cerradura. Laura, con aire culpable, corre hasta la máquina de escribir y teclea. Amanda entra. Va hacia la butaca y deja la cartera encima. A Amanda le ha sucedido algo. Ese algo lo trae grabado en el rostro: una mirada ceñuda y desesperada y algo ridícula. Se le contraen los labios, los ojos se le dilatan, los pone en blanco mientras menea la cabeza. Al ver la expresión facial de su madre, Laura se toca los labios con gesto nervioso).

LAURA: Hola, mamá. Me agarraste...

AMANDA: Déjame adivinar. Practicando mecanografía....

LAURA: Sí.

AMANDA: ¡Mentira, mentira, mentira!

LAURA: *(Con voz trémula)* ¿Cómo estuvo la reunión de San Juan Bosco, mamá?

AMANDA: *(Acercándosele)* ¡Reunión de San Juan Bosco, te voy a dar yo a ti!

LAURA: ¿No tenías hoy reunión de catequesis en San Juan Bosco, mamá?

AMANDA: *(Con voz débil, casi inaudible)* No, no fui a ninguna reunión en San Juan Bosco. *(Con más energía)*. No tuve fuerzas... No tuve el valor necesario. Lo único que quería era que la tierra me tragara y desaparecer para siempre. *(Se levanta va hacia la máquina de escribir y rompe los papeles que hay en ella)*.

LAURA: ¿Por qué haces eso, mamá?

AMANDA: *(Se sienta en el extremo derecho del sofá)* ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Cuántos años tú tienes, Laura?

LAURA: Tú sabes mi edad, mamá.

AMANDA: Ya no eres una niña, ni siquiera una jovencita, eres una mujer hecha y derecha. Bueno... eso creía yo, pero evidentemente estaba equivocada. *(Mira fijamente a Laura)*

LAURA: ¡Por favor, no me mires así, mamá! *(Cierra los ojos y baja la cabeza. Pausa)*

AMANDA: ¿Qué vas a hacer? ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué futuro nos espera? *(Pausa)*

LAURA: ¿Qué pasa, mamá? Mamá... ¿Qué ha pasado? ¿Estás mala?

AMANDA: Ahorita se me pasa. Estoy desesperada... por la vida...

LAURA: ¡Pero dime qué es lo que pasa!

AMANDA: Como sabes, esta tarde iba a la reunión de catequesis de San Juan Bosco. Y como tengo que pasarle por delante, entré en la Escuela Garcés para decirles que tenías catarro y preguntarles cómo te iba en las clases.

LAURA: ¡Ah...!

AMANDA: Sí, ah..., ah..., ah. Fui directamente en busca de tu profesora de mecanografía y me presenté como tu mamá. Ni siquiera sabía quién eras. “¿Padilla, dice? No recuerdo ningún alumno en la escuela con ese apellido”. Le aseguré que sí. Le dije que mi hija Laura estaba matriculada en la escuela desde los primeros días de enero. “Bueno, no sé —me dijo la profesora—. Únicamente que sea del programa de refugiados”. “No me estará hablando usted de esa muchachita tan tímida que desapareció después de la primera semana del curso”. No, dije. No me refiero a ésa. ¡Me refiero a mi hija Laura, que viene aquí todos los días hace por lo menos seis semanas! “Permítame” —dijo ella—. Y tomó la libreta de asistencias y allí efectivamente estaba tu nombre, inconfundible, impreso, y todas las fechas en que habías faltado. Cuando me la enseñó le dije que debía ser un error. Le dije: “¡Tiene que haber un error! ¡Alguna equivocación!”. “No —me dijo la profesora-. Ahora recuerdo perfectamente de quién se trata. ¡Una muchacha muy tímida que le temblaban tanto las manos, que no daba pie con bola con el teclado! ¡Cuando le hicimos el primer examen... desfalleció por completo... empezó con un dolor en la boca del estómago y comenzó a vomitar aquí mismo! ¡Tuvimos que correr con ella para el baño y a la enfermería! Después de eso, no volvió jamás. Llamamos todos los días por teléfono a su casa y nunca nadie contestaba. El teléfono está ocupado siempre”. *(Se levanta y se va a la derecha, centro)* Y todo esto estaba pasando mientras tu madre trabajaba todo el santo día vendiendo suscripciones por teléfono... ¡Ay! ¡Por poco me da una cosa! ¡No podía mantenerme en pie! *(Se sienta en la butaca)* ¡Me sentaron mientras me alcanzaban un vaso de agua! *(Laura va hacia el tocadiscos)* No me importa tanto el dinero derrochado, como las esperanzas perdidas de que te labraras un porvenir. De repente, todas mis ilusiones se han esfumado... así, como si tal cosa. *(Laura enciende el tocadiscos)* ¡No pongas eso! ¡No enciendas ese tocadiscos!

LAURA: ¡Perdona! *(Detiene el aparato, va hacia de la máquina de escribir y se sienta)*

AMANDA: ¿Y dónde te metías todos los días cuando salías como una mosquita muerta para ir a La Garcés?

LAURA: Paseaba.

AMANDA: ¡Mentira!

LAURA: Sí, mamá. Paseaba, nada más.

AMANDA: ¿Paseabas? ¿Tú callejeando bajo ese sol abrazador de la tarde? ¿Bronceándote? ¿A dónde te metías, Laura Padilla?

LAURA: Iba a muchas partes... Más que nada, al parque de las palomas.

AMANDA: ¿Aun cuando cogiste ese catarrazo?

LAURA: No podía volver. ¡Había vomitado en el suelo delante de todo el mundo!

AMANDA: ¿Quieres convencerme de que todos los días, desde las dos hasta las seis y media de la tarde, te paseabas por el parque de las palomas, para hacerme creer que ibas aún a la Escuela Garcés? Figúrate lo que pensaría la gente viéndote sola todos los días deambulando por el parque de las palomas.

LAURA: ¡Mamá! No es tan malo como suena. Yo cogía la guagua y me iba a las tiendas del Downtown.

AMANDA: ¿Adónde?

LAURA: Entraba en la biblioteca, en el museo, en Burdines. ¡Me iba hasta el parque de las palomas! A veces cogía la guagua al revés y me iba a Midway Mall y veía una película con el dinero de la merienda. Últimamente, me pasaba las tardes en una joyería del Mall, mirando las figuritas de cristal... unos animalitos preciosos en una vitrina.

AMANDA: ¡Qué clase de zorra eres! ¡Tú has hecho todo eso para tupirme, para engañarme, nada más que para engañarme! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

LAURA: ¡Mamá, cuando estás agobiada, te me pareces al retrato de la Virgen que está en el museo! *(Se levanta)*

AMANDA: ¡Cállate! ¡Estoy hasta la coronilla!

LAURA: *(Va hacia su zoológico)* Es que yo no podía soporta aquello. No podía.

AMANDA: *(Levantándose)* Y bien... ¿Qué haremos ahora, con el resto de nuestras vidas? ¿Nos quedamos plantadas? ¿Nos asomamos a ver pasar el desfile de la vida? ¿O jugamos con tu zoológico de cristal? Mejor, bobita, nos dedicamos en alma y vida a escuchar esos disquitos con canciones cubanas. *(Cierra ruidosamente el tocadiscos)* No puedes estudiar secretariado. No, Señor, la niña no puede. ¡Que va... le dan fatigas y vómitos! ¡Padece de indigestión nerviosa! ¿Qué nos queda ahora sino depender de los otros durante el resto de nuestras vidas? Créeme, sé perfectamente qué les espera a las solteronas que no están preparadas para ocupar una posición digna en la vida. *(Se sienta sobre el sofá)* He visto casos tan lamentables en Cuba... solteronas

insoportables que vivían de la caridad de una cuñada... metidas en alguna ratonera... hostigadas por la cuñada para que se fueran a vivir con otra cuñadita... como palomas... sin nido... ¡comiendo el pan de la humillación durante toda su vida! ¿Es ése el futuro que se nos viene encima? Por esta bendita cruz (*se persigna*) te juro que no veo la salida. Y peor aún, no vislumbro que haya ninguna alternativa digna. Desde luego... algunas muchachas se casan. ¡Dios mío, Laura! ¿No te ha gustado nunca un hombre?

LAURA: Sí, mamá. Una vez, me gustó uno.

AMANDA: ¿De verdad?

LAURA: Hace poco, encontré su retrato.

AMANDA: ¿Te dio un retrato suyo? (*Se levanta y se va hacia Laura*).

LAURA: No, es una foto de Tom en el pre en Cuba. Vino entre los papeles que nos mandó Milagros.

AMANDA: Ah... ¿Un amigo de Tom?

LAURA: Sí. Se llamaba Jaime. (*Saca la foto de debajo del zoológico de cristal*) Aquí está, cantando en el coro de la escuela.

AMANDA: (*Distraídamente*) ¿En dónde?

LAURA: En la escuela. En unas estampas de Cecilia Valdés, que prepararon para el festival de aficionados el grupo que se iba a graduar. En las clases de música, nos sentábamos en círculo y yo siempre caía frente a él. Mira, aquí está cuando premiaron a los graduados destacados en la cultura. A Tom en poesía y a él como vocalista. Mira qué sonrisa.

AMANDA: ¿Así que este también sonreía? (*Mira la fotografía del padre, que cuelga de la pared detrás del tocadiscos. Le devuelve la foto*)

LAURA: Le dio por llamarme... Plusvalía.

AMANDA: ¿Plusvalía? ¿Por qué te puso ese nombre tan requetefeo, criatura?

LAURA: Cuando me ingresaron con aquella pleuresía... me preguntó qué me había pasado cuando regresé a la escuela. Le dije que había tenido pleuresía... y él entendió "Plusvalía". Decía que yo era una ganancia, y entonces siempre me decía así cuando estábamos solos. Se acercaba y me soplabajo bajito al oído: "¿Qué cuenta, mi Plusvalía?". Tenía una novia que era la chiquita más bonita y mejor vestida del Pre de la Víbora, se llamaba Emilia Martínez. Su familia era diplomática y le traían ropa de afuera. ¡Emilia era la muchacha mejor vestida de la escuela! Pero nunca me

pareció franca... (*Pone la foto sobre un estante del zoológico de cristal*). De eso hace mucho tiempo. A lo mejor se casaron.

AMANDA: No importa. Borrón y cuenta nueva. Las jóvenes que se hacen secretarias terminan casándose con hombres muy buenos tipos. ¡Y yo me voy a encargar de que eso sea lo que pase contigo!

LAURA: Pero mamá...

AMANDA: ¿Qué pasa?

LAURA: ¿Tú no te acabas de dar cuenta que soy una lisiada? ¡Una coja! ¡Una tullida!

AMANDA: ¡No vuelvas a decir eso nunca más en tu vida! (*Se levanta y va hacia Laura*) ¡Cuántas veces te he dicho que te olvides de eso! No eres una tullida, sólo tienes un pequeño defecto. (*Laura se levanta*) Si hubieras vivido en otros tiempos, cuando las muchachas barrían el suelo con sus sayas largas, ni se hubiera notado. Ahora, óyeme lo te voy a decir, cuando se tiene una ligera dificultad como ésa, hay que desarrollar alguna gracia en su lugar, la seducción... o la vivacidad... ¡o el encanto! Tú ves... ¡Eso era lo único que tenía en abundancia tu padre...! ¡Encanto! (*Apagón*).

ESCENA TERCERA

Las luces vuelven a encenderse, pero sólo en la callejuela de la derecha y sobre la escalera. El resto del escenario sigue a oscuras. La máquina de escribir ya no está. Entra Tom, se oye música. La música baja. Tom empieza a hablar).

TOM: Después del fracaso en la Garcés, la idea de conseguirle un pretendiente a mi hermana Laura empezó a desempeñar un papel cada vez más importante en los cálculos de mi madre. Se convirtió en una obsesión. Como un fantasma, la imagen del pretendiente rondaba nuestro apartamento. Rara vez pasaba una noche sin que hubiera alguna alusión velada a aquella imagen, a aquel espectro, a aquella esperanza... Y hasta cuando no lo mencionábamos, su presencia persistía en los ademanes inquietos de mi madre y en los modales asustados de mi hermana. ¡Aquella obsesión persistía, como una maldición amenazando a los Padilla! Pero mi madre era una mujer de acción, no sólo de palabra. *(Música)* Comenzó a dar pasos lógicos para conseguir su objetivo. Enseguida se dio cuenta que necesitaba dinero extra para preparar adecuadamente el nido familiar y adornar al dulce pajarito—. Entonces inició una vigorosa campaña telefónica para buscarse unos cuantos dólares más. Le pagaban una miseria por conseguirle suscriptoras a una revista para amas de casa llamada *La Amiga de la dueña de casa*, en la que se publicaban las elucubraciones literarias del más genuino kitsch latinoamericano. Se hablaba de delicados senos como copas de baccarat, de talles breves y finos, de voluptuosos muslos color crema, de ojos almendrados como el sutil humo de la leña en otoño, de dedos juncales que calman y acarician como suaves, suavísimas melodías, de esculturales cuerpos como estatuas etruscas. *(Sale. Se apagan las luces de la escalera y se ilumina la cabeza de Amanda, que habla por teléfono en la sala. La música concluye cuando Tom cesa de hablar)*

AMANDA: ¿Ida Chaviano? *(Durante esta conversación, Tom entra en el comedor sin que el público lo vea. Sobre la mesa, hay una lámpara de leer apagada. Tom se sienta junto a la mesa del comedor, con ánimo de escribir).* Hola, Ida, te habla Amanda Imbert. Te echamos de menos en la reunión de la catequesis el lunes pasado. Antes que nada quiero saber cómo sigues de tu sinusitis. ¡Ay chica, a ti te tienen que canonizar! Tú eres una verdadera mártir de los tiempos modernos. Corazón, estaba hojeando mi agenda y veo que tu suscripción a *La amiga*... se vence este mes... precisamente ahora que comienza una nueva novela. De la Tamayo. Es la primera que publica después de *Luna de miel para tres*, que como te acordarás fue extraordinaria... ¿verdad? Pues esta, Ida, está todavía mejor. Me he leído todas las críticas que han salido porque, en inglés,

está en la calle desde hace tres meses. Es una novela que tiene de trasfondo las famosas carreras de caballo en Kentucky. Una rica heredera se cae mientras salta en una carrera de obstáculos. La columna vertebral se le queda... destruida. La culpa es del caballo... que la pisa. Ahora bien, en el mundo entero sólo hay un cirujano que pueda salvarla de la parálisis total, y es el hombre con quien está comprometida para casarse, rubio, alto y bello. Pero el galán no es perfecto: Tiene su talón de Aquiles. La debilidad más terrible del mundo. Bebe demasiado. ¿Qué? Oh, no, mi amor. No dejes que se te quemen. Dale un vistazo que yo te espero. ¡Dios mío! ¡Esta mujer! ¡Me colgó el teléfono! ¡Tan guanaja! *(Se apagan las luces del comedor y de la sala. Al mismo tiempo, se enciende la lámpara de leer)*

LAURA: Por favor, mamá, Tom está tratando de escribir.

AMANDA: ¡Ay, perdón! Perdón, no me comas. Que malas pulgas tiene esta niña. *(Deja el teléfono, va al comedor y se acerca a Tom)* ¿Qué escribes?

TOM: *(Junto a la mesa)* Cosas mías... ¿Qué haces?

AMANDA: Trato de protegerte la vista. *(Está atareada con la lámpara)* Dios sólo te dio un par de ojos y tienes que cuidarlos.

TOM: Mamá... ¿Quieres hacerme el reverendísimo favor de irte y de dejarme terminar de escribir en paz?

AMANDA: *(Le endereza los hombros)* ¿Por qué te cuesta tanto trabajo sentarte derecho...? Vas a terminar como Quasimodo.

TOM: Déjame tranquilo, vieja. Ocupate de tus cosas. Estoy tratando de escribir. No me distraigas.

AMANDA: *(Atareada con Tom)* Mira, ayer leí un artículo en la revista de esta semana y sé perfectamente los problemas que causan en las vísceras esa posición. Párate, que te voy a enseñar. El estómago oprime los pulmones y los pulmones oprimen el corazón y ese pobre corazoncito se desalienta porque no le queda sitio para seguir latiendo por ti.

TOM: ¡Me cago...! *(Laura se acerca y escucha la conversación entre Tom y Amanda.)*

AMANDA: No me hables así...

TOM: ¿Qué quieres?

AMANDA: ¿Qué te pasa? ¿Me estás faltando el respeto?

TOM: Sí.

AMANDA: ¿Qué te pasa que en los últimos días está hecho un gran... comemierda?

TOM: Mira, vieja... En esta casa, no tengo nada... ni una sola cosa que pueda decir que es mía.

AMANDA: ¡Baja la voz!

TOM: ¡Ayer me cogiste mis libros! Tuviste el atrevimiento de...

AMANDA: Así es. Le devolví a la biblioteca pública esa novela indecente... Solo un loco puede leer algo así. ¿Y si tu hermana coge ese libro? No puedo fiscalizar lo que hace una mente enferma, ni a la gente que les proporciona ese tipo de material, pero no permitiré en mi casa semejante inmundicia. ¡No, no, no, no y no!

TOM: ¿Tu casa? ¿Tu casa? ¿Quién paga el alquiler de esta casa? ¿Quién vive como un esclavo para...?

AMANDA: ¡No te atrevas a hablarme así! (*Laura se acerca a la butaca*)

TOM: ¡No, yo no puedo decir nada! ¡Simplemente, tengo que quedarme callado y dejar que tú hables! (*Se levanta para irse*)

AMANDA: ¡Espérate, quiero decirte algo!

TOM: Pero yo no quiero seguir oyendo tu perorata.

AMANDA: ¿Cómo que no quieres oírme más? (*Laura va hacia el tocadiscos*)

TOM: (*Huyéndole con las manos en los oídos*). No voy a oír tu descarga. Me voy pal carajo.

AMANDA: Me vas a escuchar, Tomás Padilla. Me tienes que escuchar. ¿Quién tú te crees que eres? Estoy cansada de tu insolencia y de tus ordinarieces. ¡Se me agotó la paciencia!

TOM: ¿Y crees que la mía no se acaba, vieja? ¿Se supone que la paciencia mía sea infinita? Ya lo sé. Ya lo sé. Te importa un coño lo que estoy haciendo... lo que estoy tratando de hacer... A ti no te importa.

AMANDA: Creo que estás haciendo cosas feas, que te avergüenzan. Por eso te comportas así. (*Tom se acerca al sofá y se sienta*). No me creo que vayas todas las noches al cine. Nadie va al cine todas las noches. Nadie que esté en su sano juicio se mete en el cine casi a medianoche. Y la gente no sale a las dos de la mañana. No hay tanda a esa hora. Ni entran en sus casas tropezando y murmurando como los locos. Duermes tres horas y te largas para el trabajo. ¡Sin pegar un ojo ni una sola noche, estoy segura que no estás rindiendo en el trabajo! Lo que haces es dormir, te pasas las horas en un sopor constante. A mí no hay quien me venga con cuentos: tú no estás en condiciones de trabajar.

TOM: Es cierto..., es muy, muy cierto. ¡No estoy en condiciones de trabajar!

AMANDA: ¿Cómo te atreves a poner en peligro tu empleo? ¿A arriesgar nuestra seguridad? ¿Cómo crees que nos las vamos a arreglar sin...? (*Se sienta en la butaca*)

TOM: Oye, vieja. ¿Tú crees que a mí me encanta trabajar en la factoría? ¿Tú crees que estoy enamorado de la Continental Shoemakers? ¿Tú crees que quiero pasarme cincuenta y cinco años de mi vida ahí, en esa nave con tubos de luz fría taladrándome el cerebro! ¡Te juro por lo más grande que prefiero coger una pistola y volarme la tapa de los sesos todos los días antes de marcar la maldita tarjeta en el reloj de la puñetera Continental! ¡Pero voy, mansito! Claro, todos los días me despiertas vociferando la misma mierda: “¡Levántate y lúcite! ¡Levántate y lúcite!”. ¡Entonces pienso en lo felices que son los muertos! Pero me levanto. (*Se levanta del sofá*) ¡Y voy! ¡Por cuatrocientos dólares mensuales, renuncio a todos mis sueños, a todo lo que he querido hacer y ser siempre! Y dices que sólo pienso en mí. ¡Coño! Pero, vieja... Si sólo pensara en mí, estaría donde está él... ¡Me hubiera desaparecido! ¡Me hubiera largado -todo lo lejos que pudiera! (*Amanda se levanta, se le acerca y le agarra el brazo*) ¡Por favor, no me aguantes, vieja! ¡Suéltame!

AMANDA: (*Siguiéndolo*) Te suelto, pero quiero saber adónde vas ahora.

TOM: ¡Voy al cine!

AMANDA: ¡Mentira!

TOM: (*Va hacia Amanda*) ¿No? Pues tienes toda la razón. Por una vez en tu vida, tienes toda la razón. No voy al cine. ¡Me voy a los fumaderos de marihuana! Sí, mamá, a los fumaderos de marihuana, guaridas del vicio y refugio de criminales. He ingresado en una pandilla. Soy un asesino a sueldo. ¡Llevo una ametralladora en un estuche de violín! ¡Tengo una cadena de prostíbulos en el Downtown! ¡Me llaman el matón, el Asesino Padilla! En realidad, llevo una doble vida. De día, soy un sencillo y honrado trabajador de una factoría de zapatos, pero por la noche soy el zar del hampa. ¡Voy a los garitos y derrocho una fortuna en la ruleta! A veces me pongo un parche en un ojo y un bigote postizo con patillas verdes. Entonces, me llaman... ¡El Diablo! ¡Muchacha, podría decirte cosas que no te dejarían pegar un ojo por las noches! ¡Prepárate! ¡Mis enemigos proyectan dinamitar una noche esta casa! Nos van hacer volar por los cielos como a Matías Pérez. ¡Y cómo me voy a alegrar! ¡Qué feliz me voy a sentir! Y tú también. Tú volarás muy alto... cada vez más alto... ¡muy por encima de la Torre de la Libertad y de Cielito Lindo, montada en una escoba! Con diecisiete pretendientes. ¡Vieja bruja, charlatana!

(Ejecuta una serie de movimientos violentos y torpes. Mientras se pone la camisa, se abalanza hacia la puerta de la derecha como un animal acosado. Las mujeres lo contemplan espantadas. A Tom se le enreda el brazo dentro de la manga cuando trata de ponérsela. Por un momento, queda atrapado. Con un grito de furor, vuelve a arrancarse la camisa, rasgándole el hombro. La tira con rabia. La camisa choca con la colección de figuritas de Laura. Se oye el frágil tintineo del cristal haciéndose añicos. Laura grita como si la hubiesen herido)

LAURA: ¡Mi zoológico...! *(Se tapa la cara y les vuelve la espalda)*

AMANDA: *(Con voz terrible): ¡Nunca más te voy a dirigir la palabra mientras vivas, a menos que me pidas perdón! (Sale de la sala. Tom se queda con Laura. La mira absorto y con aire estúpido durante unos instantes. Luego, va hacia el estante donde está el zoológico de cristal. Se deja caer torpemente de rodillas, para recoger los fragmentos, mirando a Laura como si quisiera hablar y no pudiese hacerlo. Oscuro).*

ESCENA CUARTA

El interior está a oscuras. Débil luz en la escalera. Una campana de voz grave da las cinco. Aparece Tom en camino a su casa. Después de cada una de las solemnes campanadas de la torre, agita una pequeña matraca de juguete, como quien quiere contrastar la pequeñez del hombre con la omnipotencia de Dios. Esta irreverencia, y la poca firmeza al andar, revelan inequívocamente que ha estado bebiendo. Cuando sube por los peldaños que llevan al rellano de la escalera, la luz se insinúa adentro. Laura aparece en camisón. Tom se mete las manos en los bolsillos, buscando la llave. Asombra lo que se saca de los bolsillos: una lluvia de entradas de cine y una caneca vacía. Finalmente encuentra la llave, pero cuando se dispone a introducirla en la cerradura se le escurre de entre los dedos y cae. Enciende un fósforo y se inclina junto a la puerta para buscarla.

TOM: *(Con amargura)* Una rendija... ¡y se desaparece! *(Laura abre la puerta de la derecha.)*

LAURA: Tom, Tom... ¿qué estás haciendo?

TOM: Buscando la puta llave.

LAURA: ¿De dónde vienes tan tarde?

TOM: Del cine.

LAURA: ¿Hasta tan tarde?

TOM: Una tanda muy larga. Ponían una película de la Faye Dunaway y unos muñequitos de Mickey Mouse con un documental de un viaje por el Cañón de Colorado seguido de un noticiario, como en Cuba, y un sinnúmero de avances y anuncios. Ah... ¡Y hubo una bronca terrible entre una señora gorda y el acomodador!

LAURA: *(Ingenuamente)* ¿Y tuviste que ver todo eso?

TOM: ¡Claro! Y... ¡Ah, se me olvidaba! ¡También pusieron una obra de teatro! El protagonista del espectáculo era un mago que hacía maravillas con agua en unos cacharros. Primero convirtió el agua en vino, luego en cerveza y finalmente en whisky. Y te puedo asegurar que transformó el agua en whisky porque hizo falta que alguien del público subiera a ayudarlo. ¡Y yo me ofrecí en las dos funciones! Whisky americano, Laura... Jack Daniel's. El mago era un tipo muy generoso, regalaba cosas como recuerdos. *(Saca del bolsillo trasero del pantalón un chal, con los colores del arco iris)* Me dio esto. Su chal mágico. Puedes quedarte con él. Si lo mueves sobre una jaula con canarios, la jaula se convertirá en una pecera con “goldfiches” dorados. Entonces, si lo vuelves a mover sobre la pecera, los canarios saldrán volando... Pero el más maravilloso de todos los actos de magia fue el truco del ataúd. Encerramos al mago dentro de un ataúd, clavamos bien la tapa y, así y todo, logró salirse sin quitar ni un solo clavo. *(Entran)* Tu ves, Laura, si yo pudiera hacer ese truco aquí me resultaría muy útil... ¡pero, qué va, de estas cuatro paredes no hay quien salga! *(Se deja caer en el sofá y empieza a quitarse los zapatos)*

LAURA: Tom... ¡Cállate!

TOM: ¿Por qué me impones silencio?

LAURA: ¡Vas a despertar a mamá!

TOM: ¡Qué bueno! ¡Así le pago por todos esos “Levántate y lúcete”! *(Se acuesta, gruñendo)* Ya sabes que no hace falta mucha inteligencia para meterse en un ataúd con la tapa clavada. Pero... ¿quién coño ha salido alguna vez de un ataúd sin quitarle ni un clavo? *(Como respuesta se ilumina la sonriente fotografía del padre. Laura sale. Las luces se esfuman, salvo el resplandor azul del comedor. Pausa al desaparecer las luces; luego, se oyen seis campanadas. Suena el despertador. Se apagan las luces de proscenio)*

ESCENA QUINTA

La campana de la iglesia da las seis. A la sexta campanada, suena el despertador en la habitación de Amanda, a la derecha del comedor, y a los pocos instantes la oímos:

AMANDA: ¡Levántate y lúcete! Laura, ve y dile a tu hermano que se levante y se luzca!

TOM: *(Sentándose lentamente en el sofá)* Me voy a levantar, pero no a lucirme. *(La luz sube)*

AMANDA: *(Detrás de la escena)* Laura, dile a tu hermano que ya colé el café. *(Laura entra en la sala, vestida de pies a cabeza. Tom está todavía en sentado en el sofá. Antes de acostarse, sólo se quitó los zapatos y la camisa)*

LAURA: ¡Tom! Las seis de la mañana. Levántate y no mortifiques a mamá. *(Tom la mira absorto. Ella prosigue, con aire suplicante)* ¡Tom, háblale a mamá! ¡Reconcíliate con ella, discúlpate, háblale!

TOM: *(Poniéndose los zapatos)* Ella fue la que se peleó conmigo. Ella es la que no me va a dirigir la palabra.

LAURA: Si le pides perdón, te a volver a hablar.

TOM: ¿Y es una tragedia tan grande... que no le hable?

LAURA: ¡Por favor... por favor!

AMANDA: *(Gritando, desde la cocina)* Laura... ¿Vas a hacer lo que te he pedido, o tendré que vestirme y hacerlo yo misma?

LAURA: ¡Voy, voy...! ¡Voy volando! *(Se levanta y va hacia la puerta de la derecha)* Mantequilla... ¿y qué más? *(A Amanda)*

AMANDA: *(Siempre desde la cocina)* Mantequilla. Nada más. Diles que la apunten en mi cuenta.

LAURA: Mamá... ¡Tendrías que ver las muecas que Perucho hace cuando le pido que me fie!

AMANDA: *(Desde la cocina)* Obras son amores... ¡y las muecas de Perucho me resbalan! Dile a tu hermano que se le enfría el café.

LAURA: *(Junto a la puerta)* Hazme caso... Anda, Tom... No seas tan malo, mi hermanito... ¿Lo vas a hacer? *(Él rehúye su mirada).*

AMANDA: ¡Laura, muévete... o no vayas a la bodega si no quieres hacerme el reverendo favor; ¡Y se acabó!

LAURA: *(Precipitándose afuera, por la derecha)* ¡Ya voy... corriendo! *(Al cabo de un segundo, se oye un quejido. Se ha caído de la escalera. Tom se levanta de un salto y va hacia la escalera.*

Amanda sale corriendo del comedor y deja los platos sobre la mesa. Tom abre la puerta de la derecha).

TOM: ¡Laura!

LAURA: Estoy perfectamente. Me caí, pero estoy bien. *(Se va).*

AMANDA: *(Sobre la escalera)* Si alguien se cae y se rompe una pierna en esa escalera, le pongo un “su” al dueño de la casa que lo voy a dejar como el gallo de Morón, sin plumas y cacareando... ¡Explotador que es! *(Ve a Tom)* ¿Y usted quién es? *(Deja el rellano, va al comedor y vuelve con una tacita de café. La pone sobre la mesita. Va hacia la butaca, se sienta. Se oye música. Cuando Tom vuelve a entrar apáticamente para tomarse el café. Sentada en su butaca, Amanda le vuelve la espalda. La luz le ilumina el rostro. Tom la mira tímidamente, pero con aire contrariado y se sienta en el sofá. El café está tan caliente que quema: al primer sorbo, Tom exclama y lo escupe en la taza. Al oírlo escupir, Amanda se queda sin aliento y se vuelve a medias. Entonces, se contiene y se vuelve de espaldas nuevamente. Tom sopla el café, mirando de soslayo a su madre. Amanda carraspea. Tom alza la taza con ambas manos para soplar el café mientras contempla a su madre durante unos instantes. Luego, deja la taza y se levanta con aire torpe y vacilante)*

TOM: *(Con voz ronca)* Perdóname, mamá. Lamento todo lo que te dije. No fue mi intención. Te pido perdón.

AMANDA: *(Sollozando)* ¡Mi devoción me ha convertido en una bruja que mis hijos aborrecen!

TOM: No, no es así.

AMANDA: ¡Me preocupo tanto, no duermo! ¡Me paso la noche en vela! ¡Y es que, tu manera de vivir me pone los nervios de punta!

TOM: *(Con dulzura)* Te comprendo.

AMANDA: Tú sabes que he tenido que librar muchas batallas. Yo sola luchando por ustedes durante todos estos años. ¡Pero tú, Tom, tú eres mi mano derecha, mi único auxilio y sostén! No me desampares. No me abandones en esta encrucijada.

TOM: *(Con dulzura)* Voy a tratar, vieja.

AMANDA: *(Con gran entusiasmo)* ¡Eso es! ¡Sigue tratando y triunfarás! ¡Pero cómo no vas a poder... si te sobran virtudes! A mis dos hijos... lo que les sobra es talento e inteligencia. Mis hijos valen mucho, son dos tesoros y no tengo cómo agradecerélos a Dios. Lo único que te pido es que me prometas una cosa. *(Cesa la música)*

TOM: ¿Qué cosa, vieja?

AMANDA: ¡Prométeme que nunca vas a ser un borrachín!

TOM: Te lo prometo, mamá. Nunca seré un borrachín.

AMANDA: Eso, eso era lo que me asustaba tanto... ¡que estuvieras bebiendo! No quieres que te haga un platico de quacker.

TOM: Sólo un buche de café, vieja.

AMANDA: ¿Y un panquecito de esos que te gustan tanto? Los hice especialmente para ti...

TOM: No, no, mamá. Café nada más.

AMANDA: No puedes salir por esa puerta a romperte el lomo con el estómago vacío. Todavía te quedan diez minutos... tienes tiempo. ¡No te tragues el café de un buche! Tomar líquidos muy calientes da cáncer en el estómago... Te traigo un poquito de leche.

TOM: No, gracias.

AMANDA: Para enfriarlo.

TOM: ¡No! No, gracias. Me gusta el café solo.

AMANDA: Lo sé, pero no te va caer bien. Tienes que hacer lo posible por alimentarte mejor. En estos tiempos tan difíciles que vivimos, lo único que nos queda es... aferrarnos los unos a los otros... Por eso es tan importante que... Tom, yo... yo mandé a tu hermana a buscar mantequilla para poder hablar un asunto muy serio contigo. Si no me hubieras hablado yo te habría hablado a ti. *(Se sienta)*

TOM: *(Con dulzura)* ¿De qué se trata, vieja?

AMANDA: ¡De Laura! *(Tom deja lentamente la taza)*

TOM: ¿De Laura...?

AMANDA: *(Tocándole la manga)* Ya sabes cómo es Laura. Tan callada, pero... ¡del agua mansa libreme Dios, que de la brava me libro yo! Se fija en todo y a todo le da cabeza. *(Tom alza los ojos)* Hace unos días la encontré llorando.

TOM: ¿Y por qué?

AMANDA: Por ti.

TOM: ¿Por mí?

AMANDA: Piensa que no eres feliz aquí. Y tú sabes que ella se mira en tus ojos. Que te idolatra.

TOM: ¡Mira tú qué ocurrencia! ¿Cómo se le ocurren esas boberías?

AMANDA: No me cabe la menor duda que te comportas de forma muy extraña. *(Tom deja el café sobre la mesita)* Y yo... ¡yo no te critico, entiéndelo bien! Sé que tus ambiciones no están en los

zapatos de la factoría, pero también sé que como toda la gente de este mundo... debes hacer... sacrificios... Pero Tomasito... la vida no es fácil, no es fácil... exige... ¡demanda una resistencia heroica! ¡Tengo tantas cosas entre pecho y espalda, aquí en el corazón, que no puedo contarte! Nunca te lo he dicho, pero... yo amaba a tu padre...

TOM: *(Con dulzura)* Lo sé, vieja.

AMANDA: Y... ¡cuando te veo hacer las mismas cosas que tu padre hacía, me da pavor! Te estás volviendo su puro retrato. Te acuestas a las mil y quinientas y... ¡Y hablando en plata, el día que Laura lloraba tú estabas borracho como una cuba! A ella le afectó mucho el estado tan deplorable en que te encontrabas ¡Ella piensa que tú detestas este apartamento y que sales de noche para huir, para escaparte! ¿Es verdad?

TOM: No. Tú dices que tienes cosas entre pecho y espalda que no puedes contarme. Lo mismo me pasa a mí. ¡En este corazón hay tantas cosas de las que no puedo hablar! Así que vamos a respetarnos el uno al otro...

AMANDA: Pero dime... ¿por qué, por qué estás siempre tan huraño, tan seco conmigo que te quiero tanto? ¿Adónde te metes por la noche?

TOM: Voy... al cine...

AMANDA: ¿Y por qué vas tanto cine?

TOM: Voy al cine porque... porque el cine es una aventura, porque le da magia a la vida; y vieja, la aventura y la magia no abundan en esa factoría. Por eso voy al cine.

AMANDA: Pero mi hijito... ¡Es que no sales del cine!

TOM: Me gusta ver películas, escaparme de esta maldita realidad. *(Amanda parece perpleja, luego herida. Cuando se reanuda el interrogatorio, Tom vuelve a mostrarse duro e impaciente. Amanda retoma su tono quejumbroso)*

AMANDA: La mayoría de los jóvenes hacen una aventura de sus trabajos.

TOM: Pero la mayoría de los jóvenes no trabajan en una factoría.

AMANDA: Eso no es verdad. La realidad es que este mundo en el que nos ha tocado vivir ahora, está lleno de jóvenes que trabajan en factorías.

TOM: Ven acá vieja, ¿y esos jóvenes de los que tú hablas encuentran aventuras en sus trabajos?

AMANDA: ¡Claro que sí! ¡O viven sin aventura y se acabó! No todos tienen esa locura por ser aventureros.

TOM: Entiéndelo de una vez. Por puro instinto, el hombre lucha, caza, ama... y en una factoría el hombre no puede ni luchar, ni cazar, ni amar.

AMANDA: ¡Por instinto, dices! ¡No me vengas con el cuento del instinto! ¡Mira, muchacho, al instinto ni me lo mientes! ¡El instinto es algo que la humanidad ha dejado atrás! ¡El instinto le pertenece al reino animal! A nosotros, los cristianos, no nos hace falta el instinto para nada.

TOM: ¿Sí? ¿Y entonces qué hacen los cristianos con su vida, vieja?

AMANDA: ¡Nosotros nos dedicamos a cosas superiores! ¡A cosas de la mente, a cosas del espíritu! ¡Sólo los animales necesitan andar satisfaciendo instintos! Y de ti yo espero que piques aunque sea un poco más arriba de lo que pican los animales. Pero... en fin, segurísima estoy de que tus sueños son más elevados que los de los monos... y de los puercos...

TOM: Creo que no.

AMANDA: Estás jaraneando. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte.

TOM: (*Levantándose*) No me queda mucho tiempo.

AMANDA: (*Apoyándole las manos sobre los hombros*) Siéntate.

TOM: ¿Quieres que llegue tarde al trabajo, mamá?

AMANDA: Te quedan cinco minutos. Quiero hablarte de Laurita.

TOM: ¡Está bien! ¿Qué pasa con Laura?

AMANDA: Tenemos que ayudarla a hacer planes para el futuro. Vive una vida inútil, sin horizontes. Vive a la deriva, sin nada que hacer. Me aterra ver cómo vive... así, a la bartola.

TOM: Creo que Laura es una de esas muchachas a las que la gente le dice “de su casa”.

AMANDA: ¡Esas muchachas no existen y, si existen, son una verdadera una lástima! ¡Unas desgraciadas! ¡Bueno, a menos que tengan casa propia y marido!

TOM: ¿Qué dices?

AMANDA: ¡Que veo con mucha claridad el acecho del destino! ¡Y la visión es fatal! ¡Me recuerdas cada vez más a tu padre! ¡Eres tu padre a pulso! ¡Llegaba a la casa de madrugada, sin darme ninguna explicación! Luego... ¡se largó! ¡Adiós! Y yo, con todo auestas. Vi la carta que recibiste de la Marina Mercante. Sé qué estás soñando con partir. No estoy ciega. Muy bien, pues. ¡Hazlo si te da la gana! Pero no antes de que encontremos a alguien que ocupe tu lugar.

TOM: ¿Qué quieres decir?

AMANDA: ¡Quiero decir que, apenas Laura haya encontrado un hombre que la lleve al altar y la represente en esta vida, apenas tenga su hogar independiente, entonces estarás en plena libertad de irte adonde se te antoje! *(Se levanta, se acerca a Tom)* ¡Por tierra, por aire, o por mar, adonde te lleve el viento! Pero hasta entonces tienes la obligación moral de velar por tu pobre hermanita. ¡No hablo de mí porque estoy vieja y me he convertido en un cero a la izquierda! Hablo por tu hermana que es joven y medio bobalicona. La matriculé en la escuela de comercio... ¡y fue un fracaso rotundo! Se asustó tanto, que hasta vomitó en el aula. Entonces la llevé al grupo de jóvenes de la iglesia. Y otro fracaso. Ni habló con nadie ni nadie habló con ella. Ahora, se pasa el día jugando como una comebolas con esos bichitos de vidrio y poniendo en el tocadiscos la música que oía en Cuba. ¿Qué vida es ésa para una inocente que está casi quedada?

TOM: ¿Y qué puedo hacer yo para remediar la situación?

AMANDA: ¡Superar tu egoísmo! Vencerte a ti mismo. ¡Yo, yo, yo! ¡Sólo piensas en Tomás Padilla! *(Tom se levanta de un salto)*. ¿Y la gorra? ¡Ponte la gorra! *(La arranca con irritación de la clavija, se la coloca a Tom en la cabeza)*. ¡Tom! No te he dicho lo estoy tratando de pedirte hace una hora.

TOM: Estoy muy atrasado no...

AMANDA: *(Tomándolo del brazo, con insistencia, prosigue tímidamente)* ¿No hay por la zapatería algún... muchacho que valga la pena?

TOM: ¡No!

AMANDA: Tiene que haber... alguien...

TOM: Vieja... *(Gesto)*

AMANDA: Busca a alguien honesto... que no beba... ¡Y tráelo para que conozca a tu hermana!

TOM: ¿Qué tú dices?

AMANDA: ¡Que lo traigas! ¡Para que conozca a Laura... y se traten!

TOM: *(Yendo con pasos pesados hacia la puerta)*. ¡Me cago en mi estampa!

AMANDA: ¿Lo vas hacer? *(Tom abre la puerta)* ¿Lo vas hacer? *(Tom sale)* ¿Lo vas hacer? Anda, no seas malo. *(Tom se va. Amanda está en el rellano)*

TOM: *(Sin volverse)* ¡Sí!

AMANDA: (*Vuelve a entrar y va al teléfono*) ¿Ela Cardoso? Hola, Ela, te habla Amanda Imbert. Antes que nada, dime: ¿cómo sigues de los riñones? ¡Ay! ¿De verdad? ¿Tuviste otro cólico? Bueno, tú eres lo que se dice una mártir cristiana. Oye, Ela, estaba mirando en mi agenda que tu suscripción a la revista acaba de terminar, precisamente ahora que empieza la nueva novela. De la Tamayo. Es la primera que publica después de *Luna de miel para tres*, que como te acordarás fue extraordinaria... ¿verdad? Pues esta, está todavía mejor. Me he leído todas las críticas que han salido, porque en inglés está en la calle desde hace tres meses. Es una novela que tiene de fondo las famosas carreras de caballo de Kentucky. Una rica heredera se cae mientras salta en una carrera de obstáculos. Su columna vertebral queda... lesionada. La culpa es del caballo... que la pisa. Ahora bien... ¿Eh? ¿De verdad? ¿La estás leyendo? Bueno. ¿Cómo crees que terminará? ¡Claro, no! La Tamayo nunca la defrauda a una. Sí, naturalmente, una necesita complicaciones. Las complicaciones son indispensables —desde luego, no se concibe una novela sin ellas— pero ella siempre deja una sensación de tal de exaltación... ¿Qué te pasa, Ela? Te siento tan rara. Ah... ¡Son las siete de la mañana! ¡Ay, Ela! Me olvidé que tú nunca te levantas antes de las nueve. Se me olvidó que todo el mundo tiene derecho a dormir hasta esa hora. Perdóname, mi amiga... ¡Ah! ¿Lo vas a hacer? ¿Te suscribirás, de todos modos? Bueno, que Dios te bendiga, Ela, que Dios te bendiga, que Dios te bendiga. Todavía queda bondad en este mundo. (*Se apagan las luces.*)

ESCENA SEXTA

(Sólo la entrada está iluminada, con una luz tenue).

TOM: *(Entra por la derecha y se apoya como antes en el enrejado. Está fumando como siempre).*
Del otro lado del callejón, había un bar que se llamaba El Paraíso. Por las noches, abrían todas las puertas y ventanas y la música se escapaba a la calle. A veces apagaban todas las luces, salvo las de una enorme bola de vidrio que colgaba del techo. La bola giraba sin parar, proyectando a través de la oscuridad los delicados colores del arco iris. Ponían un bolero o un tango, algo de ritmo lento y sensual. Las parejas salían del bar, como la música, y se metían en la falsa intimidad del callejón. Uno podía verlas besándose detrás de los tachos de basura y los postes eléctricos. Aquella era la máxima compensación que recibían unas vidas que transcurrían como la mía, sin cambio ni aventura. Pero los cambios y las aventuras eran inminentes ese año. Esperaban a la vuelta de la esquina. Se cernían en la niebla, quedaban atrapados en los pliegues del paraguas de mi madre... ¡En España empezaba a triunfar Almodóvar! En este pueblo, sólo había música frenética de rancheras y alcohol, bares y películas. Y el sexo suspendido en la sombra como un candelabro que anegaba al mundo con breves y engañosos arco iris... Mientras tanto, aquellos chiquillos bailaban confiados al compás de *La nave del olvido*. En realidad, el mundo esperaba otra guerra. No importaba dónde fuera. *(Oscuridad en el comedor: leve resplandor. Se ve allí a Amanda)*

AMANDA: ¿En qué andas, Tom?

TOM: Salí a fumar.

AMANDA: *(Tom entra y se queda parado en el rellano a fumar. Le abre la puerta a su madre, que se sienta sobre una banqueta del rellano):* ¡Ay, estás fumando demasiado! Una caja al día, a \$1.25. ¿Cuánto es eso al mes? ¿O sea, treinta veces uno veinticinco? Como tres ruedas de cigarros al mes o más. ¡Son como 37 pesos! Parece que no es mucho día a día, pero al mes ya me dirás. En vez de ganar \$400 ganas \$360 y algo. ¡Te estás fumando cuarenta dólares, para que sepas! Con ese dinero y un poquito más te puedes pagar un curso de contabilidad en cualquier escuela en español. ¿No te parece que eso sería fantástico? ¿No te interesa estudiar algo útil, que te permita ganar más plata?

TOM: Prefiero fumar.

AMANDA: ¡Lo sé! Esa es tu gran tragedia. Te veo fumando en esta escalera y pienso que es la sustituta del portal que teníamos en Cuba. ¿Qué miras?

TOM: Esa luna.

AMANDA: ¿Hay luna esta noche?

TOM: Está subiendo por encima del edificio de la corte.

AMANDA: ¡Ah! ¡Es verdad! Una luna que parece un queso de plata. ¿Pediste un deseo?

TOM: Anjá...

AMANDA: ¿Qué pediste?

TOM: Es un secreto.

AMANDA: Muy bien, pues yo tampoco te voy a decir mi deseo. Yo también sé guardar un secreto. Puedo ser tan misteriosa como tú.

TOM: Apuesto a que adivino lo que pediste.

AMANDA: ¡Qué! ¿Acaso tengo la cabeza transparente?

TOM: No eres difícil.

AMANDA: No, no tengo secretos. Soy un libro abierto. Te diré lo que he pedido al mirar la luna. El éxito y la felicidad para mis adorados hijos. Lo pido siempre que hay luna, y cuando no la hay también.

TOM: Creí que pedías un pretendiente para Laura.

AMANDA: ¿Y por qué pensaste eso?

TOM: ¿No te acuerdas? Me pediste que te trajera uno.

AMANDA: Recuerdo habértelo insinuado de pasada. No por mí, por tu hermanita que sería la que saldría ganando. Bueno... Creo que te lo he insinuado más de una vez.

TOM: Sí, mucho más de una vez.

AMANDA: ¿Y bien?

TOM: Tengo uno.

AMANDA: ¿Qué?

TOM: ¡Un pretendiente!

AMANDA: ¿Quieres decirme que viene a visitarnos un hombre de respeto de la factoría?

TOM: Lo invité a comer.

AMANDA: ¿No me digas?

TOM: Sí te digo.

AMANDA: ¿Y... aceptó?

TOM: ¡Sí!

AMANDA: ¿Sí?

TOM: ¡Sí!

AMANDA: ¡Ay, Madre del Verbo!

TOM: Me imaginé que te ibas a poner contenta.

AMANDA: ¿De modo que es una cosa en firme?

TOM: Sí, en firme.

AMANDA: ¿Cuándo va a venir?

TOM: Muy pronto.

AMANDA: ¿Cuándo?

TOM: Prontísimo.

AMANDA: Pero... ¿cuándo?

TOM: Muy, muy pronto.

AMANDA: Cada vez que te pregunto algo importante, te pones con tus jaranas.

TOM: ¿Qué quieres saber?

AMANDA: Adivina. Vamos, adivina.

TOM: Quieres saber cuándo va a venir el pretendiente. ¡Pues mañana!

AMANDA: ¿Mañana? ¡No! Si es mañana no puedo con todo lo que tengo que hacer para recibirlo como Dios manda.

TOM: ¿Por qué?

AMANDA: No me da tiempo.

TOM: ¿Tiempo para qué?

AMANDA: Para los preparativos de rigor. ¡Debiste darme un timbrazo... tan pronto aceptó!

TOM: No tienes por qué ponerte así. Es un tipo sencillo, campechano, un amigo.

AMANDA: ¡Claro que tengo que ponerme así! No puedo recibir a un hombre en esta casa tan sucia, tan regada. Hay que ponerla en condiciones. Tengo que ponerme a pensar inmediatamente en la noche de mañana.

TOM: No veo por qué tienes que darle tanta cabeza a una visita.

AMANDA: Dices eso porque no sabes de estas cosas. (*Entra en la sala, va hacia el centro*). No sabes nada. Eso es todo. ¡No podemos permitir que el pretendiente de tu hermana, candidato matrimonial, se presente en esta casa así como está! A ver si Hilda me presta el mantel de los quince de Amparito. Y seguro que consigo que el Padre Vicente me preste uno de los candelabros de plata de la sacristía. ¡Ay, Cristo de Limpías! No tenemos nada que ponernos. Nada. ¡Estamos en la inopia!

TOM: ¡Mamá! No empieces a inflar el globo, ni te hagas ilusiones.

AMANDA: ¡No sé cómo puedes decir eso cuando se trata del primer pretendiente de tu hermana! ¡Es muy triste que Laurita, con la edad que tiene ya, no haya tenido ni un pretendiente en su vida! ¡Entra! ¡Entra!

TOM: ¿Para qué?

AMANDA: Quiero preguntarte unas cuantas cosas.

TOM: (*Desde el umbral*). Si te vas a poner así, cancelo la invitación. Ahora mismo lo llamo para que no venga.

AMANDA: ¡No! ¡Ni se te ocurra! Muchacho, la gente detesta que le cancelen las invitaciones a última hora. Tú no ves que después no tienen adónde ir. Entra. Entra. ¿Pero bueno, acabarás de entrar? Siéntate. (*Tom lo hace*). ¡Oye! ¿Y qué haré con tu pim pam pum? (*Mira el sofá*) ¿Has visto algo tan triste? Ah, ya sé... Voy a comprar un corte de cretona clara en la retacera de la esquina... ¡Está en especial! Y una lamparita de pie a plazos. ¡Y a pagarla poco a poco! También puedo ponerle una funda clara a la silla. Ojalá tuviera tiempo para empapelar el apartamento. ¿Cómo se llama?

TOM: Consuegra.

AMANDA: Consuegra... Ese apellido es de Pinar del Río y mañana es viernes... Debe ser católico... eso significa que tengo que hacer pescado. Una receta de Nitza Villapol. Bacalao a la vizcaína. Qué va no tengo tiempo para desalarlo. Salmón con espárragos chantilly. ¿De dónde lo conoces? (*Se sienta en el sofá*)

TOM: De toda la vida. Ahora trabaja en la factoría.

AMANDA: Pues no sé. ¿Toma?

TOM: ¿Por qué me preguntas?

AMANDA: Porque tu padre tomaba.

TOM: ¡Y dale con lo mismo, no empieces otra vez con la matraquilla!

AMANDA: Así que empina el codo.

TOM: No, que yo sepa no.

AMANDA: Tienes que averiguarlo bien. Si hay algo que no quiero para mi hija, es un borrachín.

TOM: ¿No te parece que te adelantas un poco? Después de todo, Consuegra ni ha salido a escena todavía.

AMANDA: Mañana está aquí para conocer a Laurita. ¿Y cómo es él? *(Se levanta y va hacia Tom y le alisa el cabello)*

TOM *(Resignándose a esto, con aire ceñudo)* A ver... ¿Qué estás tramando?

AMANDA: Chico, péinate. Te ves tan bonito con tu cabecita peinada. Hay una sola cosa en esta vida en la que deberías imitar a tu padre: En lo mucho que se ocupaba de su apariencia personal. Tengo que ser justa. Jamás lo vi desaliñado. Y mucho menos despeinado. No me gusta el pelambre que te has dejado. Esa moña no se te asienta. Fíjate bien en el retrato de tu padre, y péinate como él.

TOM: Mamá, quiero decirte algo con toda sinceridad, con el corazón en la mano. ¡Hay muchos tipos que conocen muchachas, las tratan... y luego no se casan!

AMANDA: Lo que me interesa saber ahora es qué puesto tiene en la zapatería.

TOM: Es expedidor.

AMANDA: ¡Ah! ¡Muchacho, expedidor! Eso es bastante importante. Un puesto elevado. A expedidor y muchísimo más alto hubieras podido llegar tú... con más iniciativa y bríos. ¿Cuánto gana?

TOM: No lo sé a ciencia cierta. Creo que gana quinientos veinticinco mensuales.

AMANDA: ¿Quinientos veinticinco dólares? Pues no es un sueldo principesco que digamos.

TOM: Son ciento veinticinco más de lo que gano yo.

AMANDA: Lo sé. ¡Cómo no lo voy a saber! ¡Muy bien qué lo sé! Quinientos veinticinco dólares mensuales... No. Es inaceptable. Un hombre de familia nunca podría salir de apuros con quinientos veinticinco dólares mensuales.

TOM: Vieja, pero Jaime no es un hombre de familia.

AMANDA: Eso no quita que lo será algún día... ¿verdad?

TOM: Ah, ya entiendo... Tus planes.

AMANDA: Eres el único joven que he conocido en mi vida que ignora que el futuro se convierte en presente, el presente en pasado y el pasado en un remordimiento eterno si uno no hace planes por adelantado.

TOM: ¡Estás muy filosófica, vieja! Voy a pensar en eso a ver si logro entenderlo!

AMANDA: ¡Déjate de sarcasmos con tu madre! ¡Háblame más de él! ¿Cómo se llama? Tiene que tener un nombre de pila...

TOM: Su nombre completo es Jaime Consuegra.

AMANDA: ¿Consuegra? Ese apellido es pinareño. ¿Guajiro de Pinar del Río y no toma? ¡Una joyita!

TOM: *(Se levanta)* ¿Lo llamo por teléfono y le pregunto? *(Va hacia el aparato)*

AMANDA: *(Yendo hacia el teléfono)* ¡No!

TOM: Lo llamo y le digo que tú quieres saber si es curda. *(Descuelga el auricular)*

AMANDA: *(Arrebatándole el receptor)* No, no puedes hacer eso. Tienes que ser muy discreto cuando toques ese tema. Cuando yo era muchacha, en Santos Suárez, si se sospechaba que un joven bebía y andaba detrás de una muchacha sin padre que la representara... la misma muchacha iba a ver al sacerdote de su parroquia y le preguntaba si el joven era serio... y si el padre vivía, su deber era ir en persona a ver al sacerdote de la parroquia para preguntarle si era un hombre de bien. Y así, se impedía que las muchachas de Santos Suárez cometieran errores fatales. *(Se apaga la luz de la fotografía)*

TOM: ¿Y tú cómo metiste la pata?

AMANDA: Ay, no sé cómo se las componía tu padre, pero aquella cara engañaba a todo el mundo. Le bastaba con sonreír y la gente quedaba hechizada. No conozco nada más trágico que una muchacha que se deje seducir por una hermosa apariencia. Confío en que Jaime Consuegra no sea un bonitillo.

TOM: En realidad, no lo es. Tiene un lunar grande en la cara y se manda tremenda nariz.

AMANDA: ¿Pero no será un adefesio tampoco?

TOM: No, yo no diría que adefesio... adefesio, no. Feíto a medias.

AMANDA: De todos modos, si una muchacha tiene buena cabeza, debe buscar, por encima de todo, la integridad moral de un hombre.

TOM: Eso es lo que yo he dicho siempre, mamá.

AMANDA: Siempre lo has dicho... ¡Sí, siempre lo has dicho!

TOM: Vamos, no desconfíes de mí.

AMANDA: Sí que desconfío. Desconfío de todas las palabras que salen de esa boca tuya cuando me hablas... pero dame más detalles de Consuegra. ¿Es emprendedor?

TOM: Sí, es luchador.

AMANDA: ¿Y cómo lo sabes?

TOM: Va a la escuela por la noche.

AMANDA: ¿Y qué estudia?

TOM: Estudia en una escuela técnica de radio y televisión. Y también pasa un curso de locución

AMANDA: ¡Ah! ¡Locución y oratoria! Ah... pica alto. Eso revela... que se propone llegar a director de alguna empresa de radio... Bueno, todos esos hechos son muy ilustrativos. Son hechos que toda madre debiera saber sobre cualquier joven que visite a su hija, ya sea con intenciones serias o no.

TOM: Sólo una pequeña advertencia, vieja. No le he dicho nada a Jaime sobre Laura. No le he insinuado que tengamos sombrías intenciones ulteriores. Sólo le dije: “¿Por qué no vas a comer a casa esta noche?” Y él me respondió: “Bueno”. Y ésa fue toda la conversación.

AMANDA: ¡Ay, hijo! ¡Eres menos elocuente que pescado en tarima” Pero olvídate, cuando él vea lo linda y dulce que es tu hermana, se alegrará mucho, muchísimo de que lo hayan invitado a esta casa.

TOM: Mamá, una sola cosa. No esperes demasiado de Laura...

AMANDA: No sé qué quieres decir. *(Tom se le acerca lentamente. Se queda un momento mirándola y luego...)*

TOM: Bueno, Laura nos parece un dechado de virtudes porque es nuestra Laurita y la queremos. Ni siquiera tienes en cuenta que es una lisiada.

AMANDA: No uses esa palabra.

TOM: Mamá, hay que afrontar los hechos: lo es. Y eso no es todo.

AMANDA: ¿Qué quieres decir con “eso no es todo”?

TOM: Vieja... Tú sabes que Laura es muy distinta a las demás muchachas.

AMANDA: Sí, lo sé, precisamente por eso les lleva ventaja a todas las demás.

TOM: No del todo... a los ojos de los demás... de los extraños... Es espantosamente tímida. Vive en una fantasía que se ha inventado ella misma. Por eso la gente la considera... rara y ya no es una jovencita.

AMANDA: No uses la palabra “rara”.

TOM: Tienes que afrontar los hechos. Lo es.

AMANDA: No sé en qué sentido.

TOM: *(Después de una pequeña pausa)* Vieja, Laura vive en un mundo de cristal creado por ella misma... vive pensando en esos animalitos, poniendo discos viejos que aquí nadie oye... y... esa es nuestra Laura, mamá. Ni más ni menos. *(Se levanta lentamente y sale. Amanda lo sigue se detiene en el rellano y mira la luna).*

AMANDA: ¡Laura! ¡Laura!

LAURA: *(Dulce, desde la cocina)* Sí, mamá.

AMANDA: ¡Sal del fregadero y ven acá! *(Laura acude con un pañito de cocina entre las manos. Alegrementemente)* ¡Laura, ven y pídele un deseo, a la luna!

LAURA: ¿A la luna?... ¿A la luna?

AMANDA: No es una luna cualquiera... Una luna que parece un queso de plata. ¡Mira por encima de tu hombro izquierdo, Laura, y pide un deseo! *(Laura parece algo perpleja, como si la hubieran despertado repentinamente. Amanda la coge por los hombros y la obliga a volverse en ángulo sobre el rellano)* ¡Vamos! ¡Vamos, mi amor, pide un deseo!

LAURA: No se me ocurre nada... ¿Qué puedo desear, mamá?

AMANDA: *(Con voz trémula, mientras sus ojos se llenan repentinamente de lágrimas)* ¡La dicha! ¡La buena suerte! *(Se apagan las luces en el escenario)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA: La visita.

La misma escenografía. Ambas habitaciones se encuentran en la oscuridad, como al empezar la obra.

TOM: (*Tom en el rellano de la escalera*). Y así fue como traje a comer a Jaime, al día siguiente. Yo lo había conocido en Cuba, en el Pre de la Víbora. En la escuela, Jaime había sido un héroe. Derrochaba esa simpatía y virilidad del cubano gozador. Era el tipo de seductor que, a primera vista, no sabes si quiere pegarte o acostarse contigo. Parecía que siempre se movía debajo de un haz de luz que lo destacaba donde quiera que estuviera. Era un astro de la pelota, capitán del equipo, presidente del curso y era la voz solista y principal del coro nacional de la FEEM. Tenía una hermosa voz de tenor. Y siempre cantaba los personajes protagónicos de las estampas de zarzuela que se hacían en el colegio. Lo recuerdo moviéndose por los pasillos de la escuela, siempre apurado, siempre lo esperaban para alguna reunión, corría o saltaba, nunca caminaba. Parecía que se burlaba de la ley de gravedad. Cruzó por su adolescencia con una velocidad tan meteórica que podía esperarse lógicamente que a los treinta años sólo se conformaría con llegar a ser miembro de Comité Central del Partido. Pero, de buenas a primeras, desapareció; nadie sabía qué había sido de él. Después nos enteramos que se había enganchado en el núcleo con el padrastro que era ex prisionero político. No había sabido nada más de él hasta que empecé a trabajar en la factoría y me lo encontré. Aquí, al parecer, tuvo sus tropiezos, con el padrastro, con el inglés y con la vida. A simple vista, su velocidad había disminuido. Su puesto no era mucho mejor que el mío. Era el único compañero de trabajo con quien me llevaba bien. Le gustaba hablar conmigo porque yo le recordaba sus pasadas glorias, porque lo había visto ganar muchos juegos de pelota y la distinción por la cultura. Jaime conocía mi hábito secreto de encerrarme en un inodoro del baño de empleados para escribir mis poemas cuando aflojaba el trabajo en la factoría. Me llamaba Cervantes. Y mientras los demás compañeros me miraban con hostilidad, Jaime se mostraba siempre jovial conmigo. Poco a poco, su actitud empezó a influir sobre los otros y la hostilidad se esfumó. Y por eso, después de algún tiempo, ellos también empezaron a sonreírme, como le sonríe la gente a un perro de raza exótica que se les cruza en el camino. Yo sabía que Jaime y Laura se habían conocido en el Pre, porque mi hermana hablaba con admiración de su voz. Ella y yo habíamos ido a verlo cantar muchas veces. No sabía si Jaime se acordaría de ella o no, porque en

el Pre y en la Secundaria, Laura había sido tan tímida como Jaime sorprendente. Pero estoy seguro que Jaime no sabía que era mi hermana, porque cuando lo invité a cenar, me sonrió y me dijo: “¿Sabes una cosa, Cervantes? Es curioso, pero... ¡nunca te imaginé con familia!”. *(Tom sale por la derecha. Las luces de la sala se encienden: Amanda ha trabajado como una negra a fin de prepararlo todo para el pretendiente. Los resultados son sorprendentes. La nueva lámpara de pie con su pantalla de seda rosa está en su lugar, a la derecha de la sala, cerca de la pared, una pantalla de papel de color disimula el portalámparas roto que cuelga del cielo raso; las sillas y el sofá lucen fundas de cretona, y han aparecido por primera vez un par de cojines nuevos. Laura está parada en el centro de la habitación con los brazos levantados, mientras Amanda está agachada, haciéndole el dobladillo al vestido nuevo, devota, ritualista. El vestido está coloreado y diseñado por el recuerdo. El peinado de Laura ha cambiado: es más suave y le sienta mejor. En Laura ha brotado una belleza frágil, que no parece de este mundo. Semeja una pieza de cristal transparente tocado por la luz, que emite una momentánea irradiación, irreal, no duradera).*

AMANDA: Niña, estate quieta de una vez. ¿Por qué tiemblas así, Laura?

LAURA: ¡Me has puesto muy nerviosa, mamá!

AMANDA: ¿Por qué?

LAURA: ¡Con todo este aspaviento! Le das demasiada importancia a esta visita...

AMANDA: No te entiendo muy bien. Cada vez que trato de hacer algo por ti, algo un poco distinto, parece como si estuvieras en contra. Vamos, mírate. ¡No, espérate! Espérate un momentico, por favor... Se me olvidaba lo más importante. *(Toma del sofá dos postizos para rellenar el busto)*

LAURA: ¿Qué es eso?

AMANDA: Un par de mejoras. *(Atareada con los postizos)* Cuando yo era joven, teníamos unas piezas redondas de encaje como éstas y las llamábamos “las engañadoras”.

LAURA: ¡Yo no me voy a poner eso!

AMANDA: Por supuesto que te los vas a poner.

LAURA: ¿Por qué me tengo que poner semejante ridiculez?

AMANDA: Bueno, mi amor. ¿Quieres que te sea franca? Estás un poco planchada.

LAURA: Parece como si estuviéramos tendiéndole una trampa.

AMANDA: Así es. Todas las muchachas lindas son una trampa y los hombres esperan que lo sean. Ahora, mírate en ese espejo. (*Laura se mira en el espejo*). ¿Ves? Simplemente, pareces una modelo de Cosmopolitan – ¡de portada! El vestido es un sueño. Jamás te vas a ver mejor en tu vida. Ahora, a esperar. Voy a vestirme yo. Te vas a quedar fría cuando veas a tu madre arreglada. Voy a hacer una entrada triunfal. (*Amanda va al comedor. Laura se mira en el espejo, se quita los postizos, los oculta en el sofá. Se sienta por unos instantes y escucha una músicaailable, lejana, hasta la entrada de Amanda*) Encontré un vestido viejo entre las donaciones que llevan a la iglesia. Tuve que hacerle muchos arreglos, hasta tuve que soltarle las pinzas porque no me cerraba. ¡Qué tristeza confirmar que ya nada me sirve! Vamos, Laura, échale un vistazo a tu madre. ¡Ah! ¡Ven a mirarme ahora! (*Entra en el comedor y va al centro de la sala*)

LAURA: (*Vuelve a entrar, viene del rellano. Se sienta sobre el brazo de la butaca*) ¡Ay, mamá! ¡Qué lindo! (*Amanda se ha puesto un vestido de muchacha. Trae un ramillete de flores*)

AMANDA: (*Mostrando las flores*) El vestido estaba lleno de ramilletes de flores como este, pero estaban muy maltratadas y tuve que quitárselas. Yo tuve uno así cuando se pusieron de moda en los cincuenta. Es una lástima que no hayas visto a tu madre en aquel entonces. Me movía con pasitos leves por el salón de baile... (*Dando unas vueltas*)... así. Llevaba un vestido parecido el día en que conocí a tu padre. Ay, qué momentos tan hermosos. Las invitaciones me llovían de todas partes. Un día amanecí volada en fiebre y mi madre me dijo: “No puedes ir a ninguna parte en ese estado. Tienes quedarte en cama”. Le dije que de eso nada y me tomé un par de aspirinas y pa’la calle. Todas las noches había bailes. Los quince de las muchachas se ensayaban durante varios meses, por eso tenías que cuadrar con tiempo las parejas. ¡Qué salones de bailes! Eran tan bellos... tan bellos, llenos de adornos florales que después uno se llevaba para la casa. Mi madre me decía: “No traigas una flor más a esta casa que ahorita olemos a velorio”. Yo le contestaba: “Pues las voy a traer”. Y las seguía llevando, de todos modos. Y les pedía a mis pretendientes que cargaran con los ramos. Mi pasión por las flores era tanta que los muchachos hacían bromas a costa mía: “Cuidado con Amanda —decían— si sales a bailar con ella tendrás que cargar con el jardín botánico. Mi madre me volvió a decir: “No puedes traer más flores a la casa, ya no queda un búcaro donde ponerlas”. “Pues si la cosa es así —le dije— me las voy a prender al vestido”. El eterno catarro, tu padre y las flores. (*Amanda pone el ramillete sobre el regazo de Laura y sale al rellano. Se oye tronar*) Confío en que llegarán antes de que empiece a llover. Viene un diluvio. Le

di a tu hermano un dinerito extra para que viniera en taxi con Consuegra. *(Laura deja las flores sobre la butaca y va hacia la puerta).*

LAURA: ¡Mamá!

AMANDA: ¿Qué? *(Vuelve a entrar)*

LAURA: ¿Cómo dijiste que se llama?

AMANDA: Consuegra. ¿Por qué?

LAURA: ¿Y el nombre?

AMANDA: No me acuerdo... Ah, sí, sí, ya me acordé. Se llama... Jaime. *(Recoge las flores)*

LAURA: ¡Ay, mamá! ¡No será Jaime Consuegra!

AMANDA: ¡Sí, ese mismo! ¡Se llama Jaime! Nunca he conocido a un Jaime que no sea caballeroso. *(Va a poner las flores en un jarrón)*

LAURA: ¿Estás segura de que se llama Jaime Consuegra?

AMANDA: Claro que sí. ¿Por qué?

LAURA: ¿Es el mismo compañero de clase que Tom tenía en Cuba?

AMANDA: No me dijo nada de eso. Creo que lo conoció aquí en la factoría.

LAURA: Hubo un Jaime Consuegra que los dos conocimos en el Pre. Si es ése el que trae Tom a comer... ¡Ay, Dios mío! Entonces, vas a tener que inventar una excusa... ¡No me voy a sentar a la mesa!

AMANDA: ¿Y eso qué cosa es? ¿Qué bobería estás diciendo?

LAURA: Hace poco, me preguntaste si alguna vez me había gustado un muchacho. ¿No te acuerdas que te enseñé la fotografía de ese joven?

AMANDA: ¿Las fotos de la graduación de Tom?

LAURA: Sí.

AMANDA: Laura, Laura... ¿Estabas enamorada de él?

LAURA: No lo sé, mamá. Sólo sé que no me voy a poder sentar a la mesa con él.

AMANDA: ¡No debe de ser él! Es muy poco probable. Pero ya sea el que sea, me haces el favor y te sientas a la mesa...

LAURA: Te lo suplico, tienes que disculparme, mamá.

AMANDA: No tengo intenciones de contemporizar con tu estupidez, Laura. Ya te he aguantado muchas cosas, a ti y otras tantas a tu hermano. De modo que siéntate y sositégate hasta que venga. Tom no llevó la llave, y vas a tener que abrirles la puerta cuando lleguen. ¡Y punto!

LAURA: ¡Ay no, mamá!... ¡Ábreles tú!

AMANDA: Yo no puedo... ni siquiera he terminado la mayonesa para el salmón.

LAURA: Ay, mamá... ¡Hazme el favor de abrir la puerta, no me obligues a hacerlo! (*Se oye un trueno*)

AMANDA: ¡Mi amor, sé razonable! ¿A qué viene tanta alharaca por... un simple pretendiente... eso es, nada más que un simple pretendiente? (*Sale. Tom y Jaime suben al rellano y esperan junto a la puerta, cerrada. Al oír que se acercan, Laura aguarda con aire de pánico. Suena el timbre. Laura se queda sin aliento y se toca la garganta. Otro trueno*) (*Detrás del escenario*) ¡Laura, corazón, la puerta!

LAURA: ¡Mamá, por favor, ve tú! (*Hace gestos de ir hacia la puerta de la derecha; luego, vuelve*)

AMANDA: (*Detrás de la escena*). ¿Qué te pasa? (*Entra y se detiene*)

LAURA: Por favor, ábreles tú.

AMANDA: ¿Por qué eliges los peores momentos para perder los estribos? Hazme el reverendísimo favor de abrir esa puerta.

LAURA: No puedo.

AMANDA: ¿Por qué no puedes?

LAURA: Porque me va a dar una fatiga. (*Va hacia el sofá y se sienta*)

AMANDA: ¡Tienes fatiga! Tú y tu hermano me dejan perpleja. Nunca actúan como seres normales. ¿Me puedes dar una buena razón de por qué tienes miedo de abrir la puerta? Hazme el favor de abrir esa puerta. ¡Laura Padilla, ve derechita a esa puerta!

LAURA: (*Va hacia la puerta de la derecha*) Sí, mamá.

AMANDA: (*La detiene*) Tengo que infundirte valor para la vida, mi amor. (*Se va a la cocina. Laura abre. Entran Tom y Jaime. Laura se queda oculta en el vestíbulo, detrás de la puerta*)

TOM: Laura (*Laura se acerca*) Te presento a Jaime. Jaime, mi hermana Laura.

JAIME: ¡Yo no sabía que Cervantes tuviera una hermana! Mucho gusto, Laura.

LAURA: (*Retrocediendo, envarada y trémula. Le estrecha la mano*) ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

JAIME: ¡Muy bien, gracias! ¡Uy, que mano tan fría tú tienes, muchacha!

LAURA: Sí... ja, ja, ja, es que estaba poniendo el tocadiscos...

JAIME: Debes de haber estado poniendo música clásica. Lo que te conviene para entrar en calor es una buena música cubana. (*Laura se acerca al tocadiscos. Tom va hacia ella. Laura pone a Benny Moré, mira a Jaime y sale de la sala*)

JAIME: ¿Qué le pasa, tú?

TOM: ¿Eh...? ¿A Laura? Es que es muy tímida.

JAIME: Así que es tímida... Esa es una especie en vías de extinción. Ya uno no se encuentra con muchachas tímidas. ¿Me equivoco o tú nunca me dijiste que tenías una hermana?

TOM: Pues que te cuento: tengo una hermana. ¿Quieres ver alguna sección del periódico mientras esperamos?

JAIME: (*Acercándose*) Bueno.

TOM: ¿Los muñequitos?

JAIME: ¿Los muñequitos? ¡Los deportes! (*Toma el periódico y se sienta en una silla*) Esta gente de las Grandes Ligas están pasados.

TOM: (*Va hacia la puerta y sale*): ¿Te parece?

JAIME: Sí. Oye, ¿adónde vas? (*En ese momento, Tom llega al rellano*).

TOM: (*Desde el rellano*) A la escalera, a fumar.

JAIME: (*Se levanta, dejando el periódico sobre la butaca y va al tocadiscos para apagarlo.*

Sale a la escalera. Jaime le pide el cigarro y los dos lo comparten) ¿Sabes qué, Cervantes? ¡Te tengo que contar un millón de cosas!

TOM: ¿Qué cosas?

JAIME: Me apunté en otro curso.

TOM: ¿En qué curso?

JAIME: ¡Un curso de teatro! Ni tú ni yo hemos nacido para pinchar en una factoría... Tú lo sabes.

TOM: Gracias. Me das una buena noticia. ¿Y qué tiene que ver el teatro con eso?

JAIME: Forma parte de la capacitación para... ¡cargos directivos! Me va muy bien en las clases.

TOM: ¡Ah! ¿En qué sentido?

JAIME: En todos los sentidos. Piensa ¿qué diferencia hay entre nosotros dos y los demás tipos de la oficina? ¿El cerebro? ¡No! ¿La capacidad de trabajo? ¡No! Entonces... ¿qué? En el fondo, sólo se trata de una cosa...

TOM: ¿Qué cosa?

JAIME: ¡Una manera diferente de ver las cosas! ¡La capacidad de tener una visión distinta de este nuevo mundo en que vivimos, sin dejarnos deslumbrar por el capitalismo feroz!

AMANDA: (*Detrás de la escena*) ¡Tom!

TOM: ¿Qué cosa, vieja?

AMANDA: ¿Estás ahí con Consuegra?

TOM: Sí, mamá.

AMANDA: Pónganse cómodos.

TOM: En eso estamos.

AMANDA: Pregúntale a Jaime si quiere lavarse las manos.

JAIME: No, señora. Gracias. Me las lavé antes de salir del trabajo. Tom...

TOM: ¿Qué?

JAIME: Mendoza me habló de ti.

TOM: ¿Bien o mal?

JAIME: Adivina...

TOM: Suénamelo...

JAIME: Te quedarás sin empleo si no te espabilas.

TOM: Me estoy espabilando...

JAIME: Sí, pero no se te nota.

TOM: Las señales son internas. Me dispongo a cambiar. Precisamente, aspiro a un futuro en el que no aparecen la factoría de Mendoza, ni los cursos nocturnos.

JAIME: ¿Qué vas a hacer?

TOM: Estoy cansado de las películas.

JAIME: ¿Las películas?

TOM: ¡Sí, las películas! Míralas. (*Agita las manos*) ¡Mira a todos esos héroes seductores... que tienen aventuras... que lo ensucian todo... que lo estropean todo con su voracidad! ¡Qué se están comiendo el mundo! ¿Sabes qué pasa? La gente va al cine para ver acción, pero no actúa. ¡Se supone que los personajes de Hollywood viven las aventuras que les corresponderían a todos los habitantes del mundo, mientras que nosotros nos encontramos sentados en un salón oscuro mirándolos en plena actividad aventurera! Y la gente sale de la sala oscura para vivir por su cuenta su aventura... Sí, a menos que haya guerra. ¡Entonces, sí que la aventura queda al alcance de las masas! ¡Todos comeremos de ese plato, no sólo Al Pacino y Dustin Hoffman! ¿Qué hacemos? ¿Cogemos un avión o un crucero hacia las islas del Pacífico... o nos vamos de safari a África?... ¿Es imprescindible ser exóticos, lejanos...? A mí se me acabó la paciencia para seguir esperando. No quiero esperar hasta que me toque. ¡Estoy cansado del cine y quiero vivir mi propia aventura! ¡Me voy!

JAIME: (*Incrédulo*) ¿Te vas?

TOM: Sí.

JAIME: ¿Cuándo?

TOM: ¡Pronto!

JAIME: ¿Adónde? ¿Adónde?

TOM: Estoy que hiervo por dentro. Sé que te parezco un soñador, pero por dentro... ¡jardo! ¡Cada vez que agarro un maldito zapato en la factoría me estremezco de pensar en la brevedad de la vida y en la mierda que estoy haciendo con ella! ¡Sea lo que sea lo que significa eso, sé que mi futuro tal y cómo yo lo veo no tiene que ver con zapatos... a no ser como algo que uno se pone en los pies para largarse! (*Extrae del bolsillo un carnet*) ¡Mira!

JAIME: ¿Qué esto?

TOM: Me inscribí.

JAIME: (*Leyendo*) “Sindicato de la Marina Mercante”.

TOM: Pago mi cotización todos los meses. Este mes dejé de pagar la luz para que no se me atrasara el pago.

JAIME: Ya te arrepentirás cuando te la corten.

TOM: Ya no estaré aquí.

JAIME: ¿Y tu madre y tu hermana?

TOM: Soy como mi padre. Un hijo de puta, hijo de un hijo de puta. (*Señala el retrato paterno*) Mira cómo se ríe. Anda por ahí, paseando, desde hace dieciséis años.

JAIME: Estás hablando mierda. ¿Y qué dice tu madre?

TOM: ¡Cállate! ¡Ahí viene! ¡No sabe nada de mis planes!

AMANDA: ¡Tom!

TOM: ¿Qué, vieja?

AMANDA: ¿Dónde están?

TOM: En la escalera, mamá.

AMANDA: *(Entra y se detiene)* ¿Muchachos, por qué no entran? *(Jaime y Tom entran. Amanda se adelanta hacia ellos. A Tom le impresiona evidentemente su aspecto. Hasta Jaime parpadea un poco, a pesar del curso de teatro en la escuela nocturna, lo desconcierta un poco ese imprevisto despliegue de seducción social. Jaime ensaya ciertas respuestas, pero las repele la alegre risa y la charla de Amanda. Tom experimenta cierto malestar, pero pasada la primera impresión, Jaime reacciona muy cordialmente. Sonríe y ríe, completamente conquistado. Ambos entran, dejando abierta la puerta)*

TOM: Vieja, que linda estás... Estás hecha un pollo.

AMANDA: ¿Sabes que es el primer cumplido que me has hecho en toda mi vida? ¿Tú eres Jaime?

JAIME: ¡Muchísimo gusto!

AMANDA: Bueno, bueno, bueno. ¿De modo que este es el famoso Consuegra? La presentación es totalmente innecesaria. Tom habla tanto de ti que me parece que te conozco de toda la vida... Y uno de esos días cuando nos contaba algo le dije: “Dios mío, Tom... ¿Por qué no traes a comer de una vez a ese dechado de virtudes? ¡Me encantaría conocer a ese joven tan simpático de la factoría! ¡Prefiero verlo, en vez de oírte alabarle constantemente!”. No sé por qué mi hijo es tan guajiro... Los habaneros no somos así. Pero, siéntate. *(Tom cierra la puerta. Jaime y Amanda se sientan en el sofá)* Tom, mejor deja la puerta abierta. Con este calor, ese es el único fresco que entra en esta casa. Hace un ratito, había fresco, pero de pronto esta sala es un infierno. ¿Adónde se habrá ido? Hum... ¡Qué calor hace! ¡Y lo peor es la humedad de este Miami! Y eso que no ha llegado el verano todavía. Nos vamos a achicharrar cuando llegue. Por eso he preparado una comida liviana, nada de potajes calientes con estos vapores. Una mala costumbre de nosotros los cubanos, arroz y frijoles en cualquier época del año. Creo que en esta época es mejor comer livianito.... Y también usar ropa fresca. ¡Qué rápido ha llegado el calor este año...! Yo no estaba preparada todavía. Y de improviso... ¡fuácata! ¡Santos cielos! ¡Verano ya! Corrí al closet y... le eché mano a este vestido fresquito... ¡espantosamente viejo! ¡Casi histórico! Pero es de tan buena calidad... tan bueno y tan fresco... ¿entiendes?

TOM: Vieja... ¿Y la comida?

AMANDA: ¡Corazón, ve a preguntarle a tu hermana si la comida está lista!

Ella es la que se ocupa exclusivamente de la cocina. Dile que tienen hambre y que están esperando *(Tom sale. Amanda se vuelve hacia Jaime)* ¿Ya conociste a Laura?

JAIME: Sí. Nos abrió la puerta.

AMANDA: ¿Mi hija les abrió la puerta?

JAIME: Sí, señora.

AMANDA: Es muy linda, ¿verdad?

JAIME: Muy bonita.

AMANDA: ¡Es una rareza que una muchacha tan dulce y linda como Laura sea una mujer de su casa! Pero mi hija, a Dios gracias, no sólo es linda sino también muy modosa y de su casa. Déjame hacerte una confesión: no sé a quién salió porque yo no lo soy. Nunca lo fui. Nunca he podido ir más allá de freír un huevo. Es cierto cuando yo era joven en Cuba no había necesidad, porque teníamos sirvientes y mi madre quería que me cuidara las manos. Pero después, eso desapareció, desapareció, desapareció. ¡Todo vestigio de vida amable se esfumó por completo! ¡Yo no estaba preparada para lo que me trajo el futuro! Todos mis pretendientes eran hijos de hacendados, y por lo tanto supuse que me casaría con uno de ellos y tendría una familia en una casa grande y bonita con todas las comodidades, como manda la ley. Pero el hombre propone... ¡y la mujer acepta su proposición! Para variar un poco el viejo refrán... ¡no me casé con un hacendado! ¡Me casé con un hombre que trabajaba en la compañía de teléfonos! ¡Con ese sonriente caballero que está ahí colgado en la pared! (*Señala la fotografía*) Un telefonista que... ¡se enamoró de la larga distancia! ¡Después de diecisiete años todavía anda de viaje y no tenemos ni idea de dónde se ha metido. Claro, que para ponerle la tapa al pomo, también llegó el comandante y mandó a parar. Pero... en fin, tú como cubano has vivido en carne propia nuestro desastre nacional, también lo has sufrido. Mi esposo... porque, ojo, nunca nos hemos divorciado, no aguantaba más la isla y no quiso arriesgarnos en una salida clandestina. Y ya tú sabes, una vez aquí debe haber... rehecho su vida, es lo humano. No es que lo justifique, pero... la vida es así... No sé para qué te estoy contando mis penas y tribulaciones. ¡Tom!

TOM: (*Vuelve a entrar*) Sí, vieja.

AMANDA: ¿Cómo va esa comida?

TOM: Oyendo la conversación encima de la mesa. (*Las luces se encienden en el comedor*).

AMANDA: ¡Ah! (*Se levanta, va hacia la mesa*) ¡Qué bien! ¿Y Laura?

TOM: Laura no se siente muy bien y prefiere no comer.

AMANDA: ¡Laura!

LAURA: (*Detrás de la escena, con voz débil*) ¿Qué, mamá? (*Tom señala a Jaime*)

AMANDA: Señor Consuegra. (*Jaime va hacia la mesa*).

JAIME: Gracias, señora.

AMANDA: Laura, no podemos bendecir los alimentos si no vienes.

LAURA: *(Entra, evidentemente desfallecida, los labios trémulos, los ojos muy abiertos y de un mirar fijo. Avanza con pasos inseguros hacia la mesa)* Ay, mamá... Lo siento muchísimo. *(Se tambalea. Tom la sostiene y la lleva al sofá de la sala)*.

AMANDA: *(Mientras su hija se acuesta)* Pero, Laura... ¿Tienes fatiga, mi amor? Tírate un ratico en el sofá... ¡Bueno! *(A Jaime)* ¡El calor del horno la mata! Esta no es la primera vez. Le advertí que hacía demasiado calor, pero... *(A Laura)* ¿Te sientes mejor?

TOM: Está mejor. *(Se sienta. Se oye un trueno)*

AMANDA: *(Volviendo al comedor y sentándose a la mesa)*. ¡Ay mi madre, parece que va llover! Como dice la canción: el cielo se está nublando. Tom, di la oración.

TOM: ¿La qué?

AMANDA: La que hacemos, siempre, antes de comer.

TOM: Te damos gracias, Señor, por tus dádivas y todas tus promesas... Amén.

ESCENA SEGUNDA

(Media hora después. Está concluyendo la cena. Amanda, Tom y Jaime están sentados a la mesa, como en el final de la última escena. Las luces se encienden en ambas Habitaciones).

AMANDA: *(Riendo, mientras Jaime ríe también)* ¿Tú sabes una cosa, Jaime?: que hacía muchísimo tiempo que no pasaba una velada tan agradable como esta.

JAIME: *(Se levanta)* Bueno, mi querida Amanda, permítame hacer un brindis. Brindo por la Cuba de ayer. Por esa memoria suya, tan ligera, tan precisa.

AMANDA: Por la Cuba de ayer. *(Se apagan las luces en ambas habitaciones)*

JAIME: ¡Eh, Mr. Bombillo! *(Comienza a prender las velas de los candelabros)*

AMANDA: ¿Dónde estaba Moisés cuando se apagaron las luces? ¿Sabes la respuesta a esa pregunta? Es una sencilla adivinanza infantil.

JAIME: Pues no, nunca la he oído. ¿Cuál es?

AMANDA: Moisés estaba por supuesto en la oscuridad, como nosotros ahora.

JAIME: *(Se ríe)* No, no. No me la sabía.

AMANDA: ¡Menos mal que se me ocurrió poner el candelabro con las velas! Mira tú, lo puse de bonito y fijate lo bien que nos ha venido.

JAIME: Así mismo.

AMANDA: Creo que se debe haber fundido un fusible. ¿Tú sabes algo de electricidad?

JAIME: Un poco... ¿dónde está la caja de los fusibles?

AMANDA: En la cocina. *(Jaime va a la cocina)* Ten cuidado, que es la boca de un lobo. No vayas a tropezar con algo. *(Estrépito detrás de la escena)* ¡Ay, Dios! ¡Cuidado! ¿Estás bien, Jaime?

JAIME: Sí. Perfectamente. Fue solo un tropiezo.

AMANDA: Para mí la electricidad es algo pavoroso. ¿Encontraste la caja de los fusibles?

JAIME: Sí. La encontré, pero los fusibles están bien. *(Vuelve a sentarse)*

AMANDA: Tom.

TOM: ¿Qué, vieja?

AMANDA: El martes, te di el recibo de la luz para que lo pagaras.

TOM: Ah... Sí. ¿El del mes pasado?

AMANDA: ¿Por casualidad se te olvidó pagarlo?

TOM: Pues yo...

AMANDA: ¡Por supuesto que no la pagaste! ¡Debí imaginármelo! ¡Ni para sacar los perros...!

JAIME: A lo mejor El Manco de Lepanto escribió un poema en ese recibo.

AMANDA: A lo mejor. ¡No puedo confiar en él! La desidia y la indolencia cuestan caras en este mundo.

JAIME: Bueno, no pierda su buen humor, que a lo mejor ese poema gana un premio de diez mil dólares.

AMANDA: Bueno, ¡Arriba, corazones! ¡Será una velada del siglo XIX! ¡De los tiempos de la colonia!

JAIME: A mí me encanta la luz de las velas.

AMANDA: ¡Eso dice que eres un romántico! Pero eso no disculpa a Tom. Por lo menos pudimos terminar de comer antes de sumirnos en las tinieblas. Tom, como castigo por tu indolencia, te toca fregar los platos.

JAIME: *(Se levanta. Tom también)* ¿Puedo ayudar en algo, Amanda?

AMANDA: *(Levantándose)* Ah, no. De eso ni hablar.

JAIME: Pues me gustaría ayudar en algo.

AMANDA: ¿Qué estás diciendo, muchacho?

JAIME: “Que me gustaría ayudar en algo.”.

AMANDA: Sí, eso fue lo que oí. Mira, Laura está ahí solita. Puedes hacerle compañía. Llévate este bello candelabro para que se iluminen. *(Jaime coge el candelabro).*

AMANDA: *(Sirve sidra en una copa y se la tiende a Jaime)* Llévale una copa de sidra a Laura. Le hará bien. ¿Puedes con las dos cosas?

JAIME: Creo que sí.

AMANDA: *(Va a la cocina)* Vamos, Tom, ponte el delantal.

TOM: Sí, vieja. *(Sigue a Amanda. Jaime mira a su alrededor, deja la copa, bebe un trago de la botella de sidra, la deja en su lugar ruidosamente y entra en la sala. Laura se incorpora nerviosamente en el sofá al entrar Jaime. Al principio habla en voz baja, jadeante, debido a la casi intolerable tensión que le causa estar a solas con un extraño. Mientras habla en esta escena, antes de que la cordialidad de Jaime venza su paralizante timidez, la voz de Laura es débil y sin aliento, como si acabara de subir corriendo un empinado tramo de escalera)*

JAIME: *(Entra sosteniendo el candelabro con las velas encendidas en una mano y copa de sidra en la otra, y se detiene)* ¿Cómo te sientes? ¿Un poco mejor? *(La actitud de Jaime es amable jovial. Al interpretar esta escena, conviene hacer notar que aunque el episodio carezca aparentemente de importancia, es para Laura la culminación de toda su vida secreta)*

LAURA: Sí, gracias.

JAIME: *(Dándole la copa de sidra)* Ah, toma. Esto es para ti. Un poco de sidra.

LAURA: Gracias.

JAIME: *(Va hacia el centro)* Bueno, tómatela... pero no vayas a emborracharte. *(Se ríe)* Oye... ¿Dónde pongo el candelabro?

LAURA: Ah, en cualquier parte...

JAIME: ¿Qué te parece si lo pongo aquí mismo, en el suelo? ¿Hay algún inconveniente?

LAURA: No.

JAIME: Le voy a poner el periódico debajo para recoger la cera que gotee. *(Toma un periódico de la butaca. Pone los candelabros en el suelo)* Me encanta sentarme en el suelo. *(Así lo hace)* ¿Qué te parece?

LAURA: Bien, bien.

JAIME: Alcánzame un cojín.

LAURA: ¿Qué?

JAIME: ¡Un cojín!

LAURA: Ah...

JAIME: ¿Y a ti? ¿No te gusta sentarte en el suelo?

LAURA: Sí.

JAIME: Entonces... ¿por qué no te sientas?

LAURA: Sí.

JAIME: ¡Coge este cojín! No te veo si te sientas tan lejos.

LAURA: Yo... sí te veo a ti.

JAIME: Sí, claro, eso no tiene gracia. Yo estoy aquí... con la nariz pegada al candelabro. *(Laura se le arrima un poco)* ¡Bravo! ¡Ahora sí te veo! ¿Estás cómoda?

LAURA: Sí. Gracias.

JAIME: Yo, también. ¡Más que cómodo! Me siento como si estuviéramos en el bosque de La Habana debajo de las estrellas. ¿Quieres un chicle? *(Le ofrece)*

LAURA: No, gracias.

JAIME: Con tu permiso, yo sí voy a coger uno. Manía que tengo. ¡Ñooo! ¡Imagínate la fortuna que amasó el inventor del chicle! Debe ser algo increíble...

LAURA: Sí.

JAIME: A propósito... Tu hermano me dijo que eras tímida. ¿Eso es verdad, Laura?

LAURA: Yo... no sé.

JAIME: Creo que tú eres una muchacha chapada a la antigua. Lo que me parece formidable. Supongo que estás pensando que me estoy metiendo la nariz en lo que no me importa... ¿no es así?

LAURA: Jaime...

JAIME: ¿Qué?

LAURA: Te voy a aceptar el chicle, que me ofreciste, si no te es molestia. *(Jaime despoja de su envoltura un chicle, se arrodilla, se lo tiende. Ella arranca un trocito. Jaime mira el resto, se lo pone en la boca y vuelve a sentarse)* Y... ¿Sigues cantando?

JAIME: ¿Cantando? ¿Yo?

LAURA: Sí. Recuerdo que tenías una voz muy bonita.

JAIME: ¿Me has oído cantar?

LAURA: Sí... ¡Muchas veces! Yo... creo que tú no te acuerdas de mí... ¿verdad?

JAIME: *(Sonriendo, con aire indeciso)* Te voy a confesar algo... Desde que llegué me parece que te he visto en alguna parte. Por un momento me pareció hasta recordar tu nombre, pero lo que me venía a la mente no era un nombre, así que me callé antes de meta la pata.

LAURA: ¿No sería...? ¿Plusvalía?

JAIME: *(Sonriendo)* ¡Plusvalía, eso mismo! ¡Ay, caramba sí! ¡Plusvalía! ¿Sabe que yo no te asociaba con el colegio? Pero era de allí. ¡Del Pre! ¡Dios mío! ¡No tenía ni la menor idea que tú eras la hermana de Cervantes! ¡Caramba! ¡Perdóname!

LAURA: Yo no esperaba que te acordaras. ¡Si apenas me conocías!

JAIME: Pero nosotros conversábamos.

LAURA: Sí. Conversábamos a veces.

JAIME: ¿Estábamos en la misma clase?

LAURA: Sí.

JAIME: ¿En qué clase?

LAURA: En... ¡la clase de canto! ¡En el coro de la escuela!

JAIME: ¡Ya!

LAURA: Yo me sentaba al otro lado del círculo, en el aula de música. Frente a ti.

JAIME: ¡Ah, sí! Ahora, me acuerdo. Tú eras la que siempre llegaba tarde.

LAURA: Sí, me costaba mucho trabajo subir la escalera. En aquella época tenía un aparato en la pierna, ¡y hacía mucho ruido al caminar!

JAIME: Pues yo nunca oí ese ruido.

LAURA: *(Con un sobresalto, al recordar)* A mí me parecía... que arrastraba una cadena.

JAIME: Ni siquiera lo noté.

LAURA: Ya todos estaban sentados cuando yo entraba. Era una tortura desfilas delante de toda esa gente. Mi asiento estaba al otro lado de la puerta de entrada. ¡Tenía que atravesar todo el círculo ruidosamente, mientras todos me clavaban los ojos!

JAIME: ¡Pero muchacha...! Creo que le estás dando más importancia de la que realmente tenía.

LAURA: Lo sé, pero así era como yo lo sentía. ¡Sentía un enorme alivio cuando empezábamos a cantar!

JAIME: Ahora me acuerdo. Secretamente te decía Plusvalía. ¿Cómo se me ocurrió ponerte ese apodo?

LAURA: Falté durante dos semanas porque me dio una pleuresía. Cuando volví, me preguntaste que qué me había pasado. Te dije que había tenido una pleuresía y tú me entendiste plusvalía. Nos reímos mucho ¡Y entonces, siempre me dijiste así!

JAIME: Supongo que no te molestaba.

LAURA: No, no... Al revés, me gustaba. Te diré... Yo no me trataba con mucha... gente...

JAIME: Sí. Te recuerdo retraída y sola.

LAURA: Nunca he tenido suerte para hacer amistades.

JAIME: No sé por qué.

LAURA: La verdad es que empecé mal.

JAIME: ¿Te refiere a tu...?

LAURA: Bueno, sí... Aquello... parecía interponerse entre el mundo y yo...

JAIME: ¡No debiste permitirlo!

LAURA: Lo sé, pero así fue y yo...

JAIME: ¡De modo que eras tímida con la gente!

LAURA: Trataba de no serlo, pero nunca pude...

JAIME: ¿Vencerlo?

LAURA: No, yo... ¡Nunca pude!

JAIME: Sí. Creo que la timidez es algo que debe vencerse gradualmente.

LAURA: Sí... creo que...

JAIME: ¡Exige tiempo!

LAURA: Sí...

JAIME: Oye... ¿Sabes una cosa, Laura? *(Se levanta para sentarse en el sofá)* La gente no es tan terrible como parece. ¡Eso es algo que debes recordar siempre! ¡Y además todos tienen sus problemas, no sólo tú, sino todos! Uno cree que es el único desilusionado. Pero miras a tu alrededor y... ¿qué ves? A muchísima gente desilusionada. Cógeme a mí, por ejemplo. ¡Cuando salí de Cuba pensaba que me iba a comer el mundo y mira, el mundo me está comiendo a mí! A propósito... ¿Te acuerdas de aquel discurso de graduación cuando nos dieron a tu hermano y a mí la distinción de graduados más destacados en la cultura?

LAURA: ¡Sí! *(Saca la foto de la graduación)*

JAIME: ¡Yo era el prototipo perfecto del Hombre Nuevo, atleta, artista y destacado en las ciencias! Dijeron que yo podía triunfar en cualquier empresa que me propusiera. ¡Dios Santo! “¡La Distinción de la cultura!” *(Ella le muestra la foto y se sienta a su lado)*

LAURA: ¡Aquí estás cantando Cecilia Valdés!

JAIME: ¡Cecilia! “¡La dicha y la calma que tanto busqué en una calesa encontré!

LAURA: ¡Eres tú Leonardo mi alegría! *(Se ríe)* ¡Qué belleza!

JAIME: ¡Cecilia!

LAURA: Sí, sí... ¡Bella, bella!

JAIME: Así que me oíste ese día.

LAURA: ¡Ese y un montón de veces! No menos de tres veces.

JAIME: ¡No!

LAURA: ¡Sí!

JAIME: ¿Entonces fuiste a todas las funciones?

LAURA: Sí, con Tom. Él también las disfrutaba mucho.

JAIME: ¿Con Tom? ¿Y por qué tantas veces?

LAURA: Porque yo quería... pedirte que... me autografiaras el programa.

JAIME: ¿Y por qué no me lo pediste?

LAURA: Siempre estabas rodeado de amigos y nunca tuve oportunidad de hacerlo. Tom se mortificaba y quería irse.

JAIME: Ah... No hubieras tenido más que acercarte y decírmelo...

LAURA: Bueno, yo... pensé que podías pensar que yo estaba...

JAIME: Podía pensar que tú estabas... ¿qué?

LAURA: Ay...

JAIME: ¡Ah! Sí. En aquéllos tiempos, las chiquitas me asediaban.

LAURA: Como dicen aquí: ¡Eras muy popular!

JAIME: Sí...

LAURA: Tenías un modo de ser... tan cordial... tan amable. Tom y yo hablábamos siempre de ti.

JAIME: ¿Sí?

LAURA: ¡Todos simpatizaban contigo!

JAIME: ¿Incluso tú?

LAURA: Yo... Bueno, sí... Yo también... Y Tom...

JAIME: Dame acá esa foto, Laura... *(Ella se la tiende y él la firma)* ¡Ya está! ¡Más vale tarde que nunca!

LAURA: Sí... ¡Qué... sorpresa!

JAIME: Mi firma no vale mucho, ahora. Pero quizá, algún día... ¡su valor aumente! Como comprenderás, una cosa es estar decepcionado y otra desalentado para la lucha. Bueno, quizá esté desilusionando, pero no me siento desalentado. Y dime... ¿Fuiste a la universidad?

LAURA: Traté, pero saqué malas notas en los exámenes de ingreso. Me aterrorizan los exámenes.

JAIME: ¿Entonces no seguiste estudiando?

LAURA: *(Levantándose)* No volví. *(Va hacia el zoológico de cristal. Jaime enciende un cigarro, sentado aún en el sofá. Laura pone la foto debajo del zoológico de cristal. Se levanta, toma el unicornio, una figurita de cristal, de espaldas a Jaime)* ¿Cómo... cómo le va a Emilia Martínez?

JAIME: También vino cuándo el Mariel. ¡Esa cabeza hueca!

LAURA: ¿Por qué le dices así?

JAIME: Porque no tiene cerebro.

LAURA: ¿Tú... ya no sales con ella?

JAIME: No, no. Ni siquiera la he vuelto a ver después de un encuentro en Inmigración.

LAURA: La gente decía que ustedes... ¡eran novios!

JAIME: Lo sé. ¡La gente habla mucha basura!

LAURA: ¿No era... la verdad?

JAIME: ¡Solo para Emilia!

LAURA: Ah... *(Se vuelve hacia Jaime. Este con el cigarro encendido se acoda con indolencia, sonriéndole a Laura con una cordialidad y simpatía que encienden en el alma de la muchacha cirios de altar. Laura se queda junto al zoológico de cristal y juega con una de sus piezas para disimular tumultuosos sentimientos)*

JAIME: ¿Qué hiciste después del Pre?

LAURA: ¿Qué?

JAIME: Te preguntaba que... ¿Qué hiciste después del Pre?

LAURA: No mucho.

JAIME: Algo tuviste que hacer en todo este tiempo... digo yo.

LAURA: Sí. Cuando llegamos aquí estuve un tiempito estudiando inglés y hace muy poco que mamá insistió en que debería estudiar algo y me matriculó en una escuela de comercio y secretariado.

JAIME: ¡Qué bueno! ¿Y cómo te va?

LAURA: *(Se vuelve hacia Jaime)* La verdad es que, no muy... bien... Bueno, tuve que dejarlo...

JAIME: *(Ríe amablemente)* ¿Qué haces ahora?

LAURA: Poca cosa... ¡Pero, no creas, que me paso los días con los brazos cruzados! Lo hago todo en esta casa, mientras mamá trabaja por teléfono. Y mi colección de cristal no es cosa de juego, me ocupa mucho tiempo. El cristal es algo que exige muchos cuidados... mucha dedicación.

JAIME: ¿Qué dijiste...? ¿De cristal?

LAURA: *(Carraspea y le vuelve nuevamente la espalda, con gran timidez)* Mi colección, dije...Tengo una colección.

JAIME: *(Deja el cigarrillo y dice, bruscamente)* ¡Oye! ¿Tú quieres que te diga cuál es tu mayor problema? ¡Tu complejo de inferioridad! ¿Entiendes lo que es eso? Te entiendo perfectamente porque también yo lo sufrí. Solo que mi caso no era tan grave como parece ser el tuyo. Lo padecí hasta que estudié canto y eduqué mi voz y descubrí además que tenía aptitudes para la ciencia. ¿Sabes que hasta entonces nunca me había creído con posibilidades de hacer nada?

LAURA: ¿Cómo puede ser eso?

JAIME: Nunca he estudiado psicología... Pero un socio mío me dice que tengo ojo clínico para los problemas de la gente. Dice que mejor que los psiquiatras. Eso es una exageración, claro, pero sí es cierto que puedo leer con bastante certeza los problemas psicológicos de las personas. Sí... Creo que ese es tu problema principal. La falta de confianza en ti misma, en tu persona, ahí está el quid de la cuestión. Y lo digo pensando en muchas de las frases que has utilizado durante nuestra conversación y en otras cosas que he podido observar. Por ejemplo, en aquel ruido estrepitoso que tú creías que tus zapatos hacían en el colegio. ¿Dices que tenías miedo atravesar el círculo de la clase? ¿Ves lo que conseguiste? ¡No seguiste estudiando y renunciaste a una educación por culpa de un sonido, que a mi modo de ver no existía! Tú solo tienes un pequeño defecto físico. ¡Casi imperceptible! ¡Tu imaginación lo agiganta mil veces! ¿Sabes lo que te aconsejo? ¡Te conviene pensar que eres superior en algo!

LAURA: ¿Pero en qué?

JAIME: ¡Caramba, Laura! Mira a tu alrededor. ¿Qué ves? ¡Un mundo lleno de personas vulgares! ¡Todas han nacido y todas morirán! ¿Cuál de ellas tiene la décima parte de las virtudes que tú tienes? ¿O de las mías? ¿O de cualquier otra persona? Cada uno se destaca en algo... ¿comprendes? Bueno... ¡Algunos se destacan en más de un campo! Tomemos mi caso, por ejemplo. Me interesa la electrodinámica. Sigo un curso de técnica radiotelefonía en la escuela nocturna, además de tener puesto de bastante responsabilidad en la factoría. Hago ese curso y estudio teatro.

LAURA: ¡Vaya! ¡Qué bien!

JAIME: ¡Porque creo en el poder de la televisión! Quiero estar preparado para entrar en el negocio, de una manera o de otra. ¡El conocimiento! Zippppp! ¡El dinero! ¡Zippppp! ¡El poder! ¡Bum! ¡He ahí el cielo sobre el cual está construida la democracia y el capitalismo! (Pausa) ¡Y no me consideres un pesado ni un postalita! Es que después de tantos años de miseria cubana, sin más horizonte que la burocracia, te das cuenta que este es el país de las oportunidades y uno no puede darles la espalda.

LAURA: Nooo... En absoluto.

JAIME: Bueno. ¿Y qué me dices? ¿No hay algo que te interese en particular?

LAURA: Sí...

JAIME: ¿Qué, por ejemplo?

LAURA: Me dedico... como te dije... a mi colección de cristales...

JAIME: ¡Ah, sí! ¿De qué tipo?

LAURA: *(Toma una pieza de la colección del estante)* Cositas de cristal, adornos más que nada. En su mayoría, son animalitos de cristal, los animalitos más diminutos del mundo. ¡Mamá los llama el zoológico de cristal! ¡Mira! Este es uno de los más viejos, tiene casi trece años conmigo, lo traje de Cuba. *(Se lo tiende)* ¡Oh, ten cuidado! Se rompe de soplarlo.

JAIME: Más vale que no lo coja en mis manos. Soy muy torpe.

LAURA: ¡Ahora no te acobardes! ¡Cógelo, te tengo confianza! *(Jaime coge el caballito)* Ya ves... ¡Sostenlo con delicadeza! ¡Levántalo a la luz, ese caballito ama la claridad! *(Jaime alza el caballito)* ¿Ves cómo la luz lo traspasa?

JAIME: ¡Es un sol!

LAURA: Yo no debiera ser parcial, pero es mi favorito.

JAIME: Oye... ¿Y qué animal se supone que sea?

LAURA: ¿No has visto el cuerno que tiene en su frente?

JAIME: ¡Ah! ¿Es un unicornio?

LAURA: ¡Anja!

JAIME: ¿Pero los unicornios no se han extinguido del mundo moderno?

LAURA: ¡Sí!

JAIME: El pobrecito debe sentirse bastante solo.

LAURA: Pues si se siente solo, no se queja. Está en el mismo estante con otros caballitos que no tienen cuernos y todos parecen entenderse muy bien.

JAIME: Te lo compro. Dime... ¿Dónde lo pongo?

LAURA: Ponlo en la mesa. *(Jaime va hacia la mesita y deja el unicornio sobre ella)* ¡A todos ellos, les gusta de vez en cuando cambiar de escenario!

JAIME: *(Mirando al foro con los brazos tendidos)* Así es. ¡Hola! Fíjate que grande es mi sombra cuando estiro bien los brazos.

LAURA: *(Yendo hacia él)* ¡Ay, sí! ¡Enorme! ¡Te has vuelto un gigante! ¡Qué cosa tan maravillosa! Si estás tocando el cielo. Las estrellas del bosque de La Habana.

JAIME: ¿Oyes eso? *(Sale hacia la escalera, dejando la puerta abierta y se para sobre el rellano. Canta, siguiendo la música del disco del salón de baile. Cuando Jaime abre la puerta, el volumen de la música sube):* Escampó. ¿De dónde viene esa música?

LAURA: De El Paraíso, un bar que está en la acera de enfrente.

JAIME: *(Vuelve a entrar, cierra la puerta y va hacia Laura):* ¿Qué le parece si bailamos un poco, señorita Padilla? *(Va hacia el centro. la orquesta, en el salón de baile, ataca un vals. Jaime le extiende los brazos)* ¡Dale, vamos! ¡Ah, un vals! *(Va hacia Laura)*

LAURA: No... ¡Yo no puedo bailar! *(Entra Tom)*

JAIME: ¡Y dale! ¡Ya apareció el complejo de inferioridad! Eh, Cervantes, vamos a enseñarle a Laura cómo se baila un buen vals. *(Toma de improviso a Tom por la cintura y comienza a bailar)*

LAURA: *(Se ríe)* ¡Nunca he bailado en mi vida!

JAIME: ¡Vamos, inténtalo, primero solita! Así. *(Con Tom entre los brazos que de pronto se separa bruscamente y sale a la escalera. Jaime se para frente a Laura y le hace una reverencia)*

LAURA: ¡Te voy a pisar, te lo advierto!

JAIME: No soy de vidrio.

LAURA: ¿Bueno y cómo... cómo empezamos?

JAIME: Estira un poco los brazos.

LAURA: ¿Así?

JAIME: Levántalos un poco más. *(Toma en sus brazos a Laura)* Eso es. Ahora, no te pongas rígida, eso es lo principal... Relaja el cuerpo.

LAURA: Es difícil no estar rígida.

JAIME: Perfecto.

LAURA: Tú verás que no vas a poder moverme.

JAIME: *(Baila, alrededor del sofá, lentamente):* ¿A que sí?

LAURA: ¡Dios mío! ¡Sí que puedes!

JAIME: Deja que te lleve, Laura. Suéltate.

LAURA: Yo...

JAIME: ¡Vamos!

LAURA: ¡Estoy tratando!

JAIME: No te pongas tan tiesa... ¡Hay que estar natural!

LAURA: ¡Lo sé... pero yo...!

JAIME: ¡Vamos! ¡Afloja un poco la columna! *(El brazo de Jaime ciñe fuertemente el talle de Laura y la hace describir tres vueltas completas alzándola del suelo, antes de que llegue a la mesita. La música crece en volumen cuando Jaime la levanta)* ¡Allá va! *(Jaime hace caer el caballo de cristal de la mesa. La música se esfuma)*

LAURA: No tiene importancia...

JAIME: (*Levanta el caballo*) Hemos tumbado al unicornio.

LAURA: Sí.

JAIME: (*Le tiende el unicornio*) ¿Está roto?

LAURA: Ahora es igual a todos los demás caballitos.

JAIME: ¿Quieres decir que ha perdido su...?

LAURA: Ha perdido el cuerno. No importa. Quizá eso no sea más que la buena suerte disfrazada de accidente.

JAIME: No me lo vas a perdonar nunca. Era tu animalito favorito.

LAURA: No, no tengo favoritos... (*Pausa*)... todos me gustan. Esto no es una tragedia. El cristal se rompe muy fácilmente... Por cuidadoso que uno sea. Cuando pasan las guaguas por la calle las repisas tiemblan y las cosas se caen.

JAIME: De todas maneras, lamento muchísimo haberlo roto.

LAURA: Me imaginaré, simplemente, que el unicornio se ha tenido que operar. Le quitaron el cuerno para que se sintiera menos... ¡monstruoso! Ahora, estará más a sus anchas con los demás caballitos, los que no tienen cuernos...

JAIME: Me alegra ver que tienes sentido del humor. ¿Tú sabes... que eres... distinta de todas las muchachas que he conocido? ¿Te molesta que te lo diga? Hablo en serio. Me siento algo así como... ¡No sé cómo decirlo! Generalmente, digo las cosas como las siento, pero... ¡esto es algo inexplicable! ¿Alguien te ha dicho alguna vez que eras muy linda? (*Se levanta, va hacia Laura*) ¡Pues lo eres! Y de un modo distinto a todas las demás. Y eres más linda, precisamente, porque eres diferente. Ojalá fueras mi hermana. Yo te enseñaría a confiar en ti misma. Uno no tiene por qué avergonzarse de ser distinto. Todos los demás no tienen nada de especial y se cuentan por miles. ¡Y tú eres única! Ellos andan por el mundo. Y tú, te quedas aquí. Son vulgares como... la yerba mala, pero... tú... bueno; tú... ¡eres especial, Plusvalía, como una rosa azul!

LAURA: Pero las rosas no son azules...

JAIME: ¡Pero tú sí... Tú, mi rosa azul! ¡Tú eres bella!

LAURA: ¿En qué sentido?

JAIME: En todos los sentidos... Tus ojos... tu pelo... ¡Tus manos son lindas! Creerás que lo digo por compromiso, porque ustedes me han invitado a comer y debo ser amable. ¡Podría ponerme a inventar! Yo sé ser amable y decir cosas bonitas sin ser sincero. Yo se dar muela. ¡Pero te hablo con el corazón en la mano! Me he dado cuenta que tienes ese complejo de inferioridad que te impide sentirte cómoda con la gente. Alguien debe infundirte confianza en ti misma... ¡ánimo!... y convertirte en una mujer orgullosa en vez de tímida y evitar que trates de esconderte a cada momento y... te pongas colorada por cualquier bobería... Alguien... debiera. Alguien debiera... ¡besarte, Laura! *(Se besan. Tom aparece en la puerta y los mira. Jaime la suelta y camina lentamente hacia la escalera a dónde Tom ha regresado. Y dice en voz baja)* No debí hacer eso. Fue una frescura mía. *(Le acaricia la cara a Tom y le roba el cigarro que está fumando. Retrocede y se vuelve hacia Laura, que está sentada sobre la mesita. Tom entra y regresa a la cocina)* Tú no fumas... ¿verdad? ¿Quieres una pastilla de menta? ¿De anís? Mi bolsillo es una piñata cubana... ¿Sabes una cosa, Laura? Si yo tuviera una hermana como tú haría lo mismo que Tom. Traería amigos a la casa para que la conocieran. A lo mejor no debería decir esto. Tal vez Tom me trajo aquí por otra razón muy diferente. Pero... ¿y si así fuera? ¿Qué tendría de malo? Lo único que hay de malo es que en mi caso —mi situación no me lo permite— no puedo pedirte tu número y decirte que te llamaré por teléfono. No puedo llamarte la semana próxima... ni pedirte una cita. Prefiero explicarte la situación para que no haya malos entendidos, ni sentimientos heridos.

LAURA: *(Con voz débil)* Tú... ¿no volverás... a visitarnos?

JAIME: No, no puedo. Te explicaré. Estoy amarrado. Laura, yo he... ¡Me estoy portando bien! Quiero acabar de entrar por el aro. Estoy visitando a una muchacha que se llama Betty. Es una buena muchachita de su casa como tú, católica y cubana, y en muchos sentidos, nosotros... nos entendemos perfectamente. La conocí el verano pasado durante un viaje en un crucero. Bueno... Pues, desde el principio, eso fue... ¡amor! ¡Estar enamorado me ha hecho un hombre nuevo! ¡La fuerza del amor es algo tremendo! El amor es algo que... transforma el mundo entero. En estos días la tía de Betty se enfermó y ella tuvo que ir a New Jersey. De modo que cuando Tom me invitó a comer... acepté la invitación, sin saber... me refiero... sin saber. Me gustaría que tú... dijeras algo. *(Laura le da el unicornio)* ¿Qué haces? ¿Quieres que me quede con él? ¿Para qué?

LAURA: Un... recuerdo. *(Va hacia el zoológico de cristal. Jaime se levanta)*

AMANDA: *(Detrás de la escena)* Voy, hijos. *(Entra en el comedor, viene de la cocina)* Pensé que les gustaría un refresquito.

AMANDA: *(A Laura)* ¿Y esa cara de velorio, mi amor?

JAIME: Estábamos sosteniendo una conversación muy seria.

AMANDA: No comprendo a los jóvenes modernos. Cuando yo era muchacha, todo me alegraba.

JAIME: Usted no ha cambiado en lo más mínimo, señora.

AMANDA: Supongo que me habrá rejuvenecido la alegría de esta noche. ¡Bueno, pues, brindo por la alegría de esta noche! *(Derrama la limonada sobre su vestido)* ¡Ay! Me he bautizado. ¡Qué torpeza la mía! *(Deja el vaso sobre la mesita)* En la cocina he encontrado varias cervezas y he puesto una en cada vaso.

JAIME: No debió molestarse, señora.

AMANDA: No, si no es ninguna molestia. ¿No nos oíste la algarabía que teníamos en la cocina? Yo estaba halándole las orejas a Tom por no haberte invitado antes... Pero ahora que ya sabes el camino, no lo pierdas. Me encantaría que vinieras a menudo... no de vez en cuando... sino a menudo. Bueno, regreso de la cocina en un santiamén.

JAIME: Amanda, no se vaya. Es que yo tengo que irme ya. Tengo que despedirme.

AMANDA: ¡Pero, Jaime, si la noche es joven aún! ¡Y tenemos la magia de las velas!

JAIME: Bueno, es que para mí ya es hora.

AMANDA: ¿Entras a trabajar muy temprano?

JAIME: Sí, señora.

AMANDA: Bueno, no me voy a poner pesada... Dejaré que te nos escapes esta vez, pero sólo a condición de que te quedes hasta más tarde la próxima vez, hasta mucho más tarde... ¿Cuál es la noche ideal para ti? ¿El sábado?

JAIME: ¡Si le digo la verdad es que, tengo que cumplir dos horarios! ¡Uno de mañana y otro de noche!

AMANDA: Ay... ¡Qué bien! ¡Este sí es un joven ambicioso! ¿También trabajas de noche?

JAIME: No, señora. No se trata del trabajo, sino... ¡de Betty!

AMANDA: ¿Betty? ¿Quién es Betty?

JAIME: ¡La muchacha con quien estoy comprometido!

AMANDA: ¿Por lo que veo la cosa va en serio?

JAIME: Ay, sí, muy en serio. Ya le regalé el anillo y nos casamos el segundo domingo de junio.

AMANDA: Tom no nos dijo que te ibas a casar.

JAIME: Bueno, no se lo he dicho a nadie todavía en la factoría. Usted sabe cómo son los amigos. Lo llaman a uno Romeo, te dicen que te vas a ahorcar y todas esas payasadas... La noche ha sido maravillosa, señora. Creo que es eso a lo que le dicen hospitalidad cubana.

AMANDA: No ha sido nada. Nada.

JAIME: Perdónenme si salgo precipitadamente, pero le prometí a Betty ir a buscarla al aeropuerto y su vuelo debe llegar de un momento a otro. Y ya sabe que a las mujeres no les gusta esperar.

AMANDA: ¡Sí, me sé todo el repertorio de la tiranía de las mujeres! Bueno, mi hijito, adiós. (*Le tiende la mano. Jaime se la toma*) Les deseo felicidades... y buena suerte en el matrimonio. También tú se lo deseas.... ¿verdad, Laura?

LAURA: Sí, mamá.

JAIME: Adiós, Laura. Siempre conservaré con mucho cariño este recuerdo. Y no olvides el consejo que te he dado. ¡Hasta mañana, Cervantes! Gracias de nuevo, señora. ¡Buenas noches!

AMANDA: (*Con voz débil*) Bueno, bueno, bueno... Las cosas a veces no salen tan bien como uno espera... (*Laura va hacia el tocadiscos y pone un disco*) Yo tú, no pondría un disco. Bueno, bueno... ¡Nuestro pretendiente tiene novia! ¡Tom!

TOM: ¿Qué, vieja?

AMANDA: Ven acá. Quiero contarte algo muy gracioso.

TOM: ¿Se fue?

AMANDA: El pretendiente se ha ido muy temprano. ¡Hoy sí te has lucido, corazón! ¡Linda broma la que nos has jugado!

TOM: ¿Qué quieres decir?

AMANDA: No me dijiste que Consuegra tenía novia pedida.

TOM: ¿Jaime? ¿Novia?

AMANDA: Es lo que acaba de decirnos.

TOM: ¡Te lo juro por lo más sagrado! ¡Yo no lo sabía!

AMANDA: Eso me parece muy raro.

TOM: ¿Qué tiene de raro?

AMANDA: ¿No me dijiste que era tu mejor amigo de la factoría?

TOM: Sí, pero...

AMANDA: ¡Parece muy raro que ignoraras que tu mejor amigo estaba comprometido para casarse!

TOM: ¡La factoría es mi trabajo, no me interesan las cosas privadas de las gentes!

AMANDA: ¡Tú no sabes nada de nadie en ninguna parte! ¡Tú no sabes de la misa a la media!
¡Estás en babia! ¡Vives soñando! ¡Fabricas ilusiones! *(Tom va a dirigirse hacia la derecha)*
¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¿Adónde vas?

TOM: Al cine.

AMANDA: *(Se levanta y se le acerca)* Muy bonito, después que nos has hecho hacer el ridículo.
¡El esfuerzo, los preparativos, todos los gastos! ¡La lámpara nueva, la alfombra, la ropa para Laura!
¿Todo, para qué? ¡Para agasajar al novio de otra muchacha! ¡Vete al cine, ahora, bobito! ¡Y no
pienses en tu pobre hermana solterona, lisiada y sin trabajo! ¡Olvídate de los sacrificios de tu
madre! ¡No permitas que nada interfiera con tu placer egoísta! ¡Desata esa fiera maligna que llevas
dentro! ¡Vete, vete, vete... al cine!

TOM: ¡No lo dudes! ¡Y cuanto más me acuses de egoísta, más pronto voy a coger esa puerta! ¡Y
no va a ser para ir al cine! *(Sale y cierra con violencia la puerta)*

AMANDA: *(Va hacia la escalera y grita)* ¡Vete, vete! ¡Coge un cohete y vete a la luna... soñador
egoísta! *(Se oye una vaga música. Amanda vuelve a entrar en la sala, cerrando con un portazo.*
Amanda, de pie, parece decirle algo consolador a Laura, que está acurrucada sobre el sofá. Ahora
que no podemos oír las palabras de la madre, su superficialidad ha desaparecido y ha recobrado
su dignidad original mezclada con una trágica belleza. Los gestos de Amanda son lentos y
graciosos, casi con ritmo de danza, cuando consuela a su hija. Tom, que se ha puesto mientras
tanto la camisa y la gorra y se adelanta de nuevo hacia el rellano; donde se queda a hablar. En
el ínterin las luces se proyectan sobre Amanda y Laura, pero son vagas).

TOM: Claro que no cogí un cohete y me fui a la luna. En realidad, partí mucho más lejos, si se
tiene en cuenta que el tiempo es la distancia más larga entre dos lugares... Me botaron de la factoría
por el grave delito de escribir un soneto en la tapa de una caja de zapatos. Terminé por largarme
de Miami. Un buen día, bajé por última vez estos peldaños de la escalera para, desde entonces,
hacer con mi vida exactamente lo mismo que mi padre había hecho con la suya. ¿Quién me lo iba
a decir? Creo que andaba tratando de hallar en el movimiento constante lo perdido en el espacio...
Viajé por todas partes. Vi mucho mundo. Las ciudades pasaban vertiginosamente ante mí como
hojas secas, de brillantes colores, pero arrancadas de la rama. Qué sé yo... Me hubiera detenido
en Madrid, en Caracas, en Praga o en Santiago de Chile; pero, algo me perseguía, me acechaba.
Un recuerdo me invadía cuando menos me lo esperaba. A veces me sorprendía en un pasaje

musical familiar. A veces en un pedacito de cristal transparente en el asfalto... Quizás paseando solo, sin haber encontrado compañía, por una calle oscura, en alguna ciudad extraña me encuentro de pronto pasando junto a la vidriera iluminada de una perfumería, llena de figuras de cristal, de frasquitos transparentes con delicados tonos, como fragmentos de un arco iris roto. Entonces, de repente, mi hermana me toca el hombro. Me vuelvo y la miro fijamente... ¡Laura, Laura!... ¡Traté de dejarte atrás, pero... ya ves, soy más fiel de lo que pensaba! Saco la cajetilla del bolsillo, cojo un cigarro, cruzo la calle, entro corriendo en un cine o un bar... Pido un trago, hablo con el extraño que tengo al lado. ¡Cualquier cosa que te sirva para apagar tus velas! ¡Porque vivimos en un mundo iluminado por relámpagos! Apaga de un soplo tus velas, Laura... (*Laura apaga soplando las velas que arden aún en los candelabros. Oscuro*) Y ahí termina mi memoria y nace la imaginación. ¡Adiós!... (*Sale por la callejuela de la derecha. Se sigue oyendo música hasta el final*)

TELÓN